premios Miró 79

Revista

Lotería

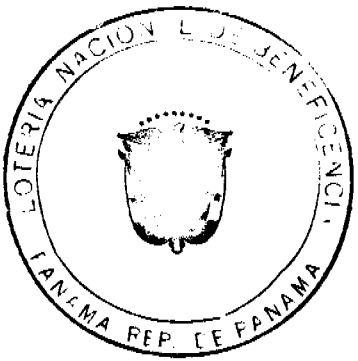
Nº 286

Diciembre 1979

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Concurso Ricardo Miró de 1979

OBRAS PREMIADAS*



* Este año fueron declaradas desiertas las secciones de Cuento y Ensayo.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Poesía

JOSE FRANCO
MATILDE REAL DE GONZALEZ

Una Cruz Verde en el Camino

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

PRIMERA PARTE

Me duele una mujer en todo el cuerpo

Jorge Luis Borges

POEMA

1

Mi amada
tiene los ojos tristes
y pardos,
como un cañaveral
en el verano.

2

Guarda por joyas
recuerdos labrados
en los campos
de concentración,
medallas
de fusilados.

3

Mi amada
me dio su corazón
esta tarde
de marzo.

4

Mi amada
me da a veces ganas
de llorar
y he llorado
a su lado.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

POSTAL

1

Mi amada
me lee
poemas de Guillén,
de viejos bares
situados frente al mar.

2

Los muelles
saben a musgos
y a antiguos garitos,
a redes caídas;
son como un lamento
de paralizadas
columnas.

3

Como ruego
de sombras
se agitan
los pañuelos
de las rameras. ...

4

Mientras mi amada
me leía
arranqué de mis ojos
un recuerdo,
como quien pierde una postal.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

PARA MORIR LUEGO....

1

Para morir luego,
mejor morir hoy.

2

De nada sirve
amarrar
la caída
del reloj
en el tiempo.

3

Sabrás un día,
ya muerto,
la verdad
de estas horas.

4

Es tu camino
lejano
y el mío.

5

Hay hombres tristes
como el presagio
en los tugurios,
como la piedad
en las galerías
de la desolación.

6

Hoy estoy
como si hubiese muerto
mucho antes
de tu ausencia.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

UN DIA EN MARSELLA

1

Junto a los trenes
de Marsella
un día
de invierno,
tirado
entre las piedras
y la noche;
muy cerca
del mar
y las barcazas
de marineros ebrios,
una meretriz entre sollozos
me extendió su mano.....

2

Desde entonces
su memoria,
bienamada,
la recorro en sueños.

UN ISTMO SIN PRISIONES

1

Como si el Caribe
y el Pacífico,
formaran
de pronto
un puño duro,
así nuestros mares
amurallan el istmo.

2

Es un istmo
que serpentea
armonioso,
deslizado
en el océano....

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

3

Sin ataduras
ni prisiones,
en pleno mar azul
quisiera ir a tu lado.

SOLO EL AMOR

1

Mi país
es como mi corazón,
tierno y llagado.

2

Está inundado
de libres aires.
En mi país
también
la angustia
la vivimos cada hora.

3

Quiero andar contigo
de la mano
de la libertad.
Que el sol
enternezca nuestra piel;
nuestro sol
tropical.

4

Solo comparable
con el fuego
de ese amor
que siento por ti,
al que no renunciaré
como a mi patria,
aun después de la muerte.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

HOY ERES UN DIA DE SOL

1

Hoy eres
un día de sol,
respiro
el aire a tu lado
y me siento
radiante.....

2

Estamos los dos
cerca del mar,
que guardará
nuestros secretos
de amor;
que borrará
las huellas
de nuestros pasos.

3

El mar
esperará mañana
para hacernos
una ronda
de recuerdos.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

EL ULTIMO ADIOS

1

En un monasterio
de brumosas
cenizas,
me dejó
tu ausencia.

2

Ciego
me adhiero
a una monotonía
deleznable,
como si grabara
anticuarios
en mi sangre.

3

Dolor externo
el mío,
por tu adiós.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

SEGUNDA PARTE

Vuelve tú hacia la luz
y yo en la sombra
nuestro secreto encuentro
fue, sin embargo, dulce.

Rabindranath Tagore

AMAME

1

Amame,
no dejes
que te aprisionen
las tormentas,
cuida
que transcurra
tu existencia
como un río
manso,
interminable.

2

En la frescura
de sus aguas
está el amor,
la paz,
la sabiduría
y la luz de los jazmines.

3

Como los ríos
en mansedumbre,
sea mi vida
a tu lado
una mudanza
hasta la muerte.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

REGALO

1

Mi amor por ti
es tan puro
como la flor
de los naranjos.

2

Tierno
como un geranio
en flor.

3

Vivo acuñado
en agonías
y me agito
entre violetas,
canciones,
palabras
de amor.

4

Despojo
una rosa
y en ella
va mi corazón,
que deja
de sangrar
apenas
ve tu rostro.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

CUANDO TE VAYAS

1

Cuando
te vayas
y otros vientos
soplen
sobre tu alma,
no calles,
marcha
al encuentro
de tu palabra.

2

Nada más hondo
que una guitarra,
la angustia dura
de la mañana.

3

No quiero nunca,
jamás,
mi amada,
que me abandones,
que un día te vayas.

4

Si la tristeza,
si la nostalgia
de pronto
afloren
bajo tus plantas,
deja mi vida,
mi amor,
mis ansias;
las soledades,
las esperanzas,
pero no dejes
jamás mi patria.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

PASA NUESTRA VIDA

1

Nuestra tierra
está llena de luz.
No obstante,
nuestra vida
decanta
en la hoguera
de los crepúsculos.

2

Nuestro mar
es un cielo confundido;
nuestro cielo,
el mar abierto
a lo infinito.

3

La madrugada
es dulce
como una balada.
Multicolor
la imagen
que estalla
en la violencia
del amor.

4

Verde es la montaña
como el cañaveral
que cultivo
con pasión.
Negra la noche
como un pasado
sin olvido.

5

Nuestros árboles
son gigantes,
con garras enterradas
en las cenizas
de nuestros indios invictos.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

MI SUEÑO DE AYER

1

Tengo en mis manos
aún la untura
de tu cabello.

2

Se hincó
mi boca
a la tuya
en un beso,
como de lejanos
viajes.

3

El verano
ardía en tu cuerpo.
Luego fue apagándose,
como en la noche
el último lucero,
guardando siempre
el más dulce
fulgor.

COMO UN LIRIO EN LA SOMBRA

1

Cuídate, amor,
quiero que tu salud
no se desmaye
como un lirio
en la sombra.

2

Eres tan suave
que el menor golpe
lastimaría tu voz.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

3

Cuídate,
que así salvas
mi vida,
que siempre
será tuya.

AUTORRETRATO

1

He andado
como un perro
en la noche.
He andado
como la prostituta
a la hora del amor,
al lado
del último trago
de ginebra.

2

He andado
por los bares
de los puertos,
entre borrachos,
junto a la luna
del verano.

3

Contra los basureros
y las lluvias,
estrellé
mi barca de dolor.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

4

La podredumbre
de la ciudad
machacó mis huesos,
mi careta
de caído soldado.

5

Al final
no he sido más
que un vagabundo
entre sollozos;
un tren detenido,
el adiós de un cadáver
que se quedó sin sepultar.

6

Hoy me cayó
la vida
en una tumba
vacía,
en la trampa
de los suplicios
por tu ausencia.

7

Mientras
camino en la calle
a un perro
lo comparo conmigo,
sólo que el perro
es más feliz que yo.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

CON LAGRIMAS Y FIESTA

Enseñamos el amor,
y tratamos de sacar de los detritus
tantas cosas hermosas sepultadas
que antaño llamaron paraíso.
Queremos con la fuerza de la palabra
lavar el mundo,
para el hombre humano.
¿Qué le falta al hombre atomizado
que cayó desnudo desde un azul profundo?
¿Por qué no puede vivir sin enemigos?
La respuesta es sencilla:
Se ha quedado sin amor y con el átomo.
Nosotros los de hoy,
plantamos el trigo entre las turbas,
con lágrimas y fiesta
con el agrio perfume de los cuerpos.
Para que me entiendan, hablaré
en el lenguaje de los claros amaneceres
y en el de las noches profundas.
Hagamos una sola tristeza
de tantos millones de tristezas.
Detengamos la madera
en su afán de construir sepulcros.
Que el pino sea una cuna
precisamente del alma.
Las flores de los Andes
en la rosa de los vientos
no logran detener las herraduras.
El hombre de la luna
no está muy lejos de la fabela
del odio,
del sudor,
de tantas cosas
que no tienen ya razón en nuestra tierra.
La nuestra
es una lucha de otro tipo,
pues nunca tomamos más vida que las nuestras.
De un mundo que aún recuerda de qué color
era la nieve,
y respetaba la vida de los ciervos,
con la extraña libertad de que gozamos

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

en medio del desprecio,
para dar con el modo de expresarnos
sin el uso del idioma
que ha sellado las primarias estructuras.
No importa que te llames hermano o compañero,
la lucha es la misma,
la lucha es la misma.
Libertaremos las auroras,
libertaremos los caminos,
libertaremos la verdad
escondida entre los sueños.

II

Venus, Júpiter, Saturno
están hoy más cerca de tus ojos
que un claro amanecer de primavera.
Por esa vía láctea
navegaron muchos jóvenes,
y develaron el delirio y la amapola,
la vértebra sombría
donde el odio oculta,
el cauce ardiente de la ternura.
Fueron otras aguas y otros peces
y otros también los confundidos.
Nosotros vamos por la senda,
que desde antiguo rubricaron
la barba y los cabellos
cual signos libertarios
de catedrales de aire
de sombra sin sus cuerpos
de la "marcha triunfal".
De repente, el hombre buscó la noche
como su compañera íntima,
como su amiga en las vigilias,
como su escudo en la impiedad
y le daba la mano a su esperanza.
Ella,
la noche,
no tenía apuro
y podía esperar
por una aurora más,

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

por un atardecer menos intranquilo
para encontrar la verdad del mundo.
Cuánto silencio disimulado
esperando en cada esquina,
cuánta bandera desperdiciada
cuántas bocas
cuántas risa
cuántas cruces indiferentes
pero sin embargo, la fiesta es para todos.

III

En la ventana
un jazmín eleva
su plegaria de aromas
ya no irá a crucificar tus labios
ya no irá, ya no irá, ya no irá.
Y la naciente ternura
solo ella
como dolida sombra
entre arrecifes y estrellas
empapará los cuerpos
y dejará tenaz
una fuerza azul sobre tus manos
para signar tu ruta
con pequeñas espadas
submarinas
en mares insondables
como tus ojos.
Tomemos insonoros
el agua,
las flores,
la sangre,
que lentamente la lluvia trae.
Construyamos con albos oleajes
una figura
para ofrendarla
a los dioses de zafiro
que en ultramarinos reinos
esperan por nuestra linfa
frágil y transparente.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

IV

Todos deben oir:
La leyenda será defendida
por sobre áspides
y calamares dorados.
En la soledad magnífica de las islas,
y en el murmullo de las olas.
No podemos dar señales
a nuestros pueblos
aun dejando libres nuestras barbas,
porque se ha perdido la palabra.
Es vivir lo que podamos
Y eso hacemos,
con el instinto siempre a estribor,
Ya rescatamos el olor de nuestros cuerpos
y la entera libertad
de los cabellos
como símbolos
de otras libertades interiores,
que producen con frecuencia
las guitarras.
Cuánto cielo hemos descubierto
en la voz de los colores;
cuántos perfumes musicales
y cuánto ritmo interior
insospechado.
Vivir es el mensaje,
como las abejas,
como los trigales.
Vivir, solo vivir
con la vida abierta
como mil ventanas,
como la quilla austral
de los tritones.....
Desnudémonos por fuera y por dentro.
El clima nos quema o nos hiela
según el momento.
Sabrán que hay otros climas
que los hombres crearon,
que no tienen hielo
ni calor intenso.
Son climas de miedo,
de odio y de angustia
lanzados al viento.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Para esos nuevos climas
se levantan muros
decorados con "affiches"
de tigres cautelosos
y halcones en vuelo detenido.
La computadora
en lugar de las estrellas,
rige el destino de los equinoccios.

Cuando veo mis manos
de corales llenas
para pintar planetas
de alboradas tierras
y teñir perfiles de soles extraños,
pienso entonces que lo grande
es el poeta y su imagen
sobre los centauros, sobre las galaxias.

V

Nunca pude comprender
las salidas ciegas
ni el cero absoluto
que esperaba mi corazón.
No hay "regla de oro'.
para esta generación,
sólo desencanto y sueños delirantes
infinitos, como un mar
pleno de tempestades
íntimas, silenciosas, invioladas.
Por eso esta nostalgia
que sentimos
en el más puro silencio
de la noche
donde se da la batalla
de la integridad
que se doblega lentamente,
y luego decimos
que la luz es dura
y que no hay tiempo para el amor.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Comprendemos que este cielo estrellado
es tan solo un telón de fondo
para que hombres con trajes de oxígeno,
que amanecen
en mares de tormenta,
y regresan
con sus corazones ingrávidos
para decirnos,
que no hay poesía en la luna,
y que su cutis polvoriento
ya no tiene dudas.
Que sus volcanes, son como perros mitológicos
mirando hacia la tierra
con salvaje fulgor.
Una cruz verde en el camino
y siete mares
cruzan las líneas de mi mano.
Allí están escritos nuestros nombres
y en todos los espejos
se quiebran nuestros rostros.
Mas allá nos espera
el mar
cansado de cielo,
para brindarnos una copa de submarinos néctares,
y multiplicar
el azul del mar,
con otra dimensión de inmensidad.
Mi corazón detecta la noche
en pleno día
y mi pecho desnudo
acalla la violencia.
No es para las madres de este mundo
no es para niños este mundo
tal vez sea
para los ancianos sin barbas,
para los navegantes solitarios
para los adolescentes puros
con flores y con melenas.
Miro hacia el archipiélago
del desconsuelo
y emergen sombras
pobladas de pescadores ciegos,
vencidos por tritones
históricos

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

y argonautas fatigados
por el frío y la vigilia.
¡Cuán derrotados
son los vivos igual que los muertos!
Inescrutable el tiempo, sonríe
y con legítima certeza
enarbola la verde bandera
del maíz y el júbilo.
Los que vivimos este amanecer
llevamos un rostro secreto
sólo incursionado por luciérnagas
y densos insomnios como lámparas
con gemidos imperceptibles
con lágrimas detenidas
cual vigilantes esfinges.
Una muchedumbre indiferente
escucha esta historia
y luego iremos con el hermano
y luego iremos con el compañero
a decir al Hombre
a decir al hombre
deja correr tu Poder
deja correr tu poder
porque el agua se estanca
y no podrá correr
y no podrá correr.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Teatro

JARL R. BABOT

Las Aves

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Obra en Dos Actos

Personajes:
RENATA . . . . . .
NINA . . . . . .
GASPAR . . . . . .

La acción transcurre en una casa de campo.

Nuestros días.....

PRIMER ACTO

En una casa de campo, el frente.

Se advierte, pues, al fondo, la casa. Construcción de dos pisos. Hay en este patio-jardín, bancos, mesas; a la izquierda, subida abrupta del terreno que cae, a manera de cuchillo sobre área invisible (para el público) y en donde están las jaulas de las aves.

Al levantarse el telón, NINA está sentada sobre uno de los bancos, ensimismada en sus pensamientos. De pronto, se escucha un ruido sordo que proviene de la sección en donde están las aves. Se oirá, a todo lo largo del acto, el canto de los pájaros.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: (Inmediatamente que se escucha el ruido sordo.) ¿Te caíste, papá?

GASPAR: (Oculto para el público). No....nada de eso, Nina.

NINA: ¿Qué ocurrió entonces....?

GASPAR: Nada, nada. Ya voy.

NINA: Es que, de pronto, algo sonó....como un cuerpo, al caerse.

GASPAR: (Entrando al escenario). Se me cayó el alimento para las aves. Eso fue. (Pausa breve). ¿Qué hora es? .

NINA: Las nueve

GASPAR: ¿Desayunaste?

NINA: Hace rato.

GASPAR: Me gustaría pintar el patio. Hace años que necesita una buena mano de pintura, ¿no crees? . Lo he pedido casi a gritos, sólo que yo....no lo he escuchado, al parecer. También las ventanas....están algo descuidadas, ¿no crees?

NINA: ¡Oh, no papá....! Todo está bien así. En orden.

GASPAR: ¿Tu crees? . Me alegra oírte decir eso: que todo está en orden. (Pausa). Nina: no se cómo decírtelo.....entiéndeme, no....no vayas a interpretarme mal, hijita....pero....no le vayas a decir a Alfa.....

NINA: ¿Alfa?

GASPAR: A Renata, quise decir....

NINA: (Riendo). ¿Oh, es cierto, que la llamabas Alfa: (Ya casi completamente seria). ¿Qué no debo decirle, papá? ¿Qué estoy separada de mi esposo....o que ya no lo es? ¿Eso?. Pero, ¿por qué....?. Si me preguntara....

GASPAR: No se trata de decir una mentira, Nina. Nada de eso.

NINA: Entonces, papá, ¿de qué se trata?

GASPAR: ¿Estás enojada?

NINA: No, papá. ¿Claro que no lo estoy!

GASPAR: Lo estás. Lo leo en tu rostro. Has cambiado: estás algo tensa.

NINA: ¡No, papá, nada de eso.... no estoy tensa! Podemos continuar.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: ¿Seguro que no estás enojada, Nina? ¡Oh, cielos, no quiero que lo estés...! ¡Hoy, aquí nadie debe estar tenso ni enojado! (Se vuelve más y más a Nina). ¡Oh, hija, las cosas se arreglarán....con Luis.....! ¡Tienen que arreglarse...ya lo verás!

NINA: ¡Oh, papá....ahora sí me vas a hacer enojar: (Firme). Lo de Luis es asunto concluido. Concluido. No nos queremos....o dejamos de querernos....si es que alguna vez nos quisimos....es un hecho; un hecho, papá. Por lo tanto, no podíamos seguir viviendo juntos, luego de esa certeza....y....ya lo sabes, cada cual tomó su camino. Entiéndelo, papá: es asunto concluido.

GASPAR: Claro, claro, hijita. Sin embargo, te escribe.....

NINA: No me escribe, exactamente. Las suyas no son cartas. Aun cuando lo parezcan. Pero cartas no lo son.

GASPAR: ¿Qué diferencia hay? ¡A veces creo que te escribe verdaderos tomos!

NINA: Me envía revistas, recortes, noticias....., ¡qué sé yo! Me envía hasta recetas de cocina y claro, todo ello parecen cartas, pero no lo son. No lo son, papá. (Mirando a su alrededor). Creo que tienes algo de razón: el patio necesita pintura.

GASPAR: ¿De veras? . Pero, Nina, ella... va a estar muy poco tiempo aquí....y.... ¡no sé cómo tomaría las cosas!

NINA: (Martillando casi las palabras). Papá, no es un delito el que dos personas se separen cuando ya sus intereses, por decirlo así, no concuerdan o han cambiado.

GASPAR: Claro, claro, pero....Renata es...es tan....Siempre fue así.

NINA: ¿Así, así cómo, papá, cómo es Renata?

GASPAR: No sabría expresarlo bien. Digamos, simplemente y por otro lado, que Renata está vieja. ¿Entiendes? . (Silencio. De pronto). ¡Oh, Nina, estás disgustada!

NINA: ¡No, no lo estoy! Sin embargo....

GASPAR: ¿Qué.....?

NINA: ¿No es extraño que ahora, solamente ahora, y a raíz de la llegada de tía Renata, ¿te intereses por el asunto? .

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: ¡Oh, no digas eso...yo me he interesado siempre, aun antes!

NINA: ¿De veras, papá, de veras?

GASPAR: No puedes recriminarme de esa manera, Nina. No seas injusta conmigo.

NINA: No discutamos hoy. Tienes razón. No discutamos hoy. (Se levanta). Este es un hermoso patio. (Lo mira). Claro que le falta algo de pintura. (Lentamente). Pero se quedará tal y como está. No tenemos tiempo para arreglarlo ahora. Todo se quedará como está. ¿verdad, papá?

GASPAR: (De pronto). ¿Crees que se sentirá bien aquí?

NINA: ¡Por supuesto! ¡Es una casa acogedora!

GASPAR: ¿No será algo pequeña?

NINA: ¡Pero si es una casa de campo! ¡Una casa de campo para ti solo.

GASPAR: ¿Para mí solo? ¿Tú no vives aquí, acaso?

NINA: Momentáneamente, claro está.

GASPAR: ¿Momentáneamente, dices? . ¿Nada más que momentáneamente? ¿Te piensas marchar, acaso?

NINA: ¡Oh, papá...no vine, como tampoco viene tía Renata, a quedarme, a quedarse.....!

GASPAR: (Rápidamente). Claro, claro. Pero, ya me acostumbré a tu presencia aquí. A que me ayudes...incluso con las aves. ¿Qué dirá ella de las aves, Nina?

NINA: ¿Qué dije yo de las aves cuando las vi, papá?

GASPAR: Que eran hermosas....casi divinas. Que cantaban dulce, maravillosamente. Que parecían próximas a salir del Arca....luego del diluvio, y que por eso estaban tan alegres....porque adivinaban el fin del cautiverio. (Se vuelve a Nina). Pero cautiverio no es una palabra hermosa, Nina.

NINA: No, no lo es. (Pausa). Sin embargo, han pasado casi cuatro meses y las aves cantan igual o casi igual que entonces, papá. Yo no quiero pensar que le cantan al cautiverio, que terminaron cantándole....no, no, no quiero pensar eso. Pienso, entonces, que aun no descienden las aguas....pero las aves saben que está próximo el fin....del cautiverio. (Ríe).

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: ¿Qué dirá ella de las aves, de mis aves, Nina?.

NINA: No lo sé. No conozco a tía Renata.

GASPAR: ¡Pero si la conoces, Nina!

NINA: No, no. Verla, una sola vez, no es conocerla. Además, fue tan breve. ¡No más de una hora! (Se pasea).

GASPAR: Fue toda una tarde, Nina.

NINA: ¿Ah, sí, tanto tiempo....?. No me di cuenta bien. Había mucho ruido en la estación, como si miles y miles de trenes llegaran y salieran, al mismo tiempo. Y también mucha calor, además. Ahora será distinto....el tiempo ha cambiado....yo he crecido....y ella, ha envejecido aún más....

GASPAR: ¿Cómo estará?

NINA: Sí, me he preguntado toda la noche: ¿cómo estará, cómo vendrá....?

GASPAR: Fue muy amable contigo en la estación, ¿te acuerdas?, y te regaló, además, dos cajas de dulces.... ¡dos cajas de dulces, para ti solita y cuando eras una niña de siete años!

NINA: Yo no tenía siete años, papá. ¡Era más pequeña!

GASPAR: (Recordando). ¿Cinco años, acaso?

NINA: Cinco años, exactamente.

GASPAR: Juraría que fue algo después....Pero, lo importante: ¿te gustaron los dulces?

NINA: Ella me los ponía en la boca, papá. ¡Eran unos dulces deliciosos! Pero me los ponía en la boca...uno a uno...y hasta cuando completó las dos cajas. ¡Sólo entonces dejó de hablar y de poner dulces en mi boca! (Casi sonríe).

GASPAR: (Riendo). ¡Nunca habías comido tantos dulces! ¡Nunca, nunca, nunca....!

NINA: (Riendo también). Vomité después.... ¿te acuerdas?.

GASPAR: ¡Ah, sí....! Pasaste la noche vomitando. No tanto como decir la noche. Un rato.

NINA: Pero me curó: nunca más comí dulces. Fui una niña con una infancia sin dulces. (Se sienta). Pero sí con muchos juguetes, a cambio.... Con muchas y hermosas muñecas.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: Algunas las envió ella, Renata.

NINA: Sí...y sobre todo, las más hermosas. (Pausa). Todos los años recibía tres muñecas de parte de tía Renata. Tres muñecas. Llegaban como las estaciones.... o ciertas aves. Pero faltó siempre la muñeca que pertenecía, que correspondía a....una determinada estación del año.

GASPAR: ¿A qué estación te refieres?

NINA: Al invierno.

GASPAR: No entiendo. No entiendo. ¿De dónde has sacado todo eso, Nina?

NINA: (Casi sin prestarle atención). Al segundo año....luego de que cumplí los siete años...comenzó a enviarme las muñecas.....tres, cada año....y los vestidos....y el rostro de las muñecas, todo, todo....indicaban claramente las estaciones.... ¡las mismas muñecas! ...y la expresión que tenían....(Pausa breve). Sólo que eso lo descubrí más tarde.....a los once años...o tal vez un poco antes.... antes....y cuando ya estaban agrupadas cada muñeca de acuerdo a la estación, al carácter. ¡Habían sido agrupadas por mí, inconscientemente! Luego, esperaba el próximo envío....y todo, siempre, concordaba, siempre, siempre.....

GASPAR: ¡No es posible, no es posible! ¡Pero qué cosas se te ocurren, qué imaginación!

NINA: Pero nunca llegó el invierno. (Pausa).

GASPAR: Nina, Nina, Nina... ¡qué cabecita la tuya! ¡Desde pequeña has sido así.

NINA: ¿Así, así, así, cómo, papá? Cuando dijiste de ella que "siempre fue así" tampoco me explicaste. ¿Quieres hacerlo ahora, papá, al menos en este caso?.

GASPAR: (Gesto vago). Valga tal vez para las dos: imaginativas. A ver: tú....¿no me llamaste Alce durante años y años? ¿Y por qué Alce?. Porque era feo...no , no lo dijiste, pero fue por eso....era feo, soy feo, y tardo, y torpe...e incluso, porque comía hojas todo el día.

NINA: No, no fue por eso...por todo eso....fue por....por algo que leí en un libro, papá. Tenía un libro abierto —una tarde— y de pronto tú que entras y yo que grito —dis-que asustada: ¡Alce, Alce, Alce! Y Alce te llamé y Alce te quedaste siendo para mí, durante años...

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: (Con pena mal disimulada). Ya no me llamas Alce...."Alce, Alce...querido viejo Alce....querido niño Alce....." y yo devorando como buen Alce, todas las hojas de la tierra....Era vegetariano entonces. (Ríen). Pero ya no llamas a tu viejo padre, Alce. (Ríe. Vuelven a reír).

NINA: ¿Por qué la llamaste Alfa, papá? . ¿Por qué ese derroche de imaginación, papá? Llamar "Alfa" a la tía Renata....tú no te quedaste atrás en imaginación y fantasía.....

GASPAR: Porque siempre fue como la primera letra, siempre. En todo fue siempre la primera. Por eso la llamé Alfa.

NINA: ¿Cuántos años tiene tía Renata, papá?

GASPAR: Muchos. Más de setenta años.

NINA: ¿Y Tú, papá?

GASPAR: Diez años menos.

NINA: Así que tal vez a ti también te puso a comer dulces, papá.....

GASPAR: ¿Por qué lo dices, Nina? .

NINA: ¿No lo hizo, no lo hizo? .

GASPAR: ¡Claro que no! (Pausa. Sonríe). Pero me castigaba, ¿sabes? . ¡El que te pusiera a ti a comer dulces no era castigo, era un premio: A mí sí me castigaba.... a veces.

NINA: ¿Ah, sí? ¿Cómo...y por qué te castigaba tía Renata? .

GASPAR: (Limpiando el patio, mientras habla). Yo solía dejar abiertas puertas y ventanas de casa. Siempre abiertas: y ella se enojaba y me castigaba.... pero yo volvía a dejar abiertas puertas y ventanas y ella me castigaba y yo volvía y ella me castigaba y yo volvía...(Barre y barre con violencia casi)....y ella me castigaba...y yo volvía.....

NINA: (Siguiéndole, casi corriendo tras él). ¿Y cómo te castigaba, y cómo te castigaba? .

GASPAR: (Inmóvil, de pronto). Me besaba ....la punta de los dedos...luego de que...(ríe)....me ordenaba hacer de estatua....durante algunas horas...sin permitirme...el menor movimiento.....

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: (Gritando). ¡Eso es horrendo: ¡Horrendo: ¡Horrendo! (Tose una y otra vez).

GASPAR: (Asustado). ¡Nina! ¿Estás enferma? ¿Te sientes mal hoy? ¿Quieres vomitar otra vez?

NINA: (Reponiéndose. Lentamente). No...ya estoy bien...Ya estoy bien....

(Un auto se detiene. Por el ruido que hace la máquina uno se imaginaría, sin dificultad, que se trata de una máquina vieja, defectuosa. Se oye una voz, seguidamente:).

RENATA: (Voz solamente). ¿Hermano, dónde estás, dónde estás escondido, dónde te has metido? . (La máquina arranca y se marcha. Entra Renata. Tiene más de setenta años. Es alta y delgada. De movimientos firmes y resueltos. Viste de morado con algunos motivos negros).

¡Hermano! (Lo abraza. Lo mira). ¡Estás igual que antes, que siempre....! ¡Y nada de llantos, por favor! (Advirtiendo la presencia de Nina). ¿NINA? ¿Tú eres Nina, la pequeña Nina? (Nina asiente). ¡Oh, Nina, pequeña, ven a mis brazos...! (La abraza con vehemencia).(A Nina). ¡Oh, qué maravilloso encuentro...qué maravilloso regalo...tú, aquí tú, aquí: (A Gaspar). Pensé encontrarme a uno solo de ustedes.... ¡y qué hermosa sorpresa: padre e hija juntos, para recibirme!

NINA: Bienvenida, tía Renata.

RENATA: Toma un beso. (La besa). Y otro. (La besa). Y un tercero. (va a besarla, pero Nina le ofrece –de pronto– las manos, la punta de los dedos. Renata ríe y mira a su hermano que no sabe qué hacer). Y tú, ¿has enmudecido acaso? . ¿Por qué no entras mis maletas? . Quedaron afuera. Solitarias y tristes. (Está en el centro del patio; la casa al fondo afina sus líneas). De modo que aquí es....la casa. La provincia, el campo...aire puro...(El hermano sale a buscar las maletas)....Nunca como allá, en la ciudad... ¿No habrá una fábrica cerca, verdad Nina? .

NINA: No, tía Renata. No hay fábricas cerca.

RENATA: De modo que aquí todo sigue virgen, inviolado. ¡Sólo he visto árboles, ríos y riachuelos, animales domésticos...y...

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: ¿Aves? ¿Le gustan las aves, tía Renata?.

RENATA: Casi las odio. (Entra Gaspar con dos maletas). ¿Y has podido con esas dos maletas, Gaspar? El chofer, que es un hombre más joven que tú, apenas si pudo con ellas. Creí que la máquina tampoco iba a poder. ¡Oh, Nina, he llegado hoy a vuestra casa en una máquina antediluviana, como yo.....

NINA: (Sonreída). ¿Y por qué no tomó un carro mejor?.

RENATA: ¿**Un carro mejor**, dices?. Es extraño: cuando llegué a la estación allí estaba la máquina, como aguardándome. Me supuse que había sido enviada, alquilada, para que pasara por mí, a recogerme....

GASPAR: Perdona, Renata, pero tú fuiste muy explícita: "llegaré por mis propios medios". Era claro que el encuentro se efectuaría aquí, en la casa y no en otra parte. Que llegarías "Libremente", desde todo punto de vista.

RENATA: ¿Libre desde todo punto de vista, dices? Sí...a mi edad lo menos que se puede ser es eso: libre.

GASPAR: Entonces, te gustarán las aves.

RENATA: ¿Las aves?.

GASPAR: Yo....

NINA: Papá cría aves.

RENATA: Pájaros. ¡son hermosas...algunas aves! Otras, sirven como alimento. Su carne es deliciosa. En sopa, sobre todo. ¡Y a mí me encanta tomar sopa! A mi edad, sólo bebo sopa. (Silencio. Renata camina. Los otros la siguen con la mirada, mientras abren la escena. Las figuras se van separando, visiblemente. De pronto, Renata casi ríe). ¡Pero hay aves que cantan maravillosamente!

GASPAR: (Con emoción sostenida), Canarios.... estorninos....ruiseñores...alondras...zorzales...pájaros burlones...viudas....tejedores....tángaras....gorriones.... ¡Aves del paraíso, todas, todas!

RENATA: ¿Existe alguna capilla cerca de aquí?

GASPAR: ¿Capilla?.

RENATA: Sí, capilla. Para rezar.

GASPAR: En el poblado hay una capilla.

NINA: Y en casa, algunos libros con imágenes....

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

RENATA: Hoy, nuestro abuelo, tu bisabuelo, Nina, cumple 118 años de estar muerto.

GASPAR: ¿Hoy, precisamente?.

RENATA: Hoy. Yo no olvido nunca las fechas. Si uno olvida las fechas, empieza a morir. Hermano, ¿habías olvidado este día, esta fecha? Oh, sí, lo habías olvidado...Pero, ahora yo estoy aquí, para recordarte, para recordaros todas las fechas. Nina, más tarde: ¿anotarás todo cuanto te dicte?.

NINA: Oh, sí, Tía Renata.... con mucho gusto lo haré.

RENATA: Bien, bien. ¿Y no falta alguien? Tú, Nina, ¿no eres una mujer casada? Tu marido, ¿dónde está?.

NINA: Se ha ido....

RENATA: ¿Se ha ido....y para dónde? ¿Y no tienes niños? ¿Hijos?. (Al hermano). ¿Eres abuelo? ¡El tatarabuelo de tu hijo, Nina, cumple hoy 118 años de estar muerto!

NINA: No tengo hijos.

RENATA: (Al hermano y señalando a Nina). ¿Ella no tiene hijos? (A Nina, directamente). ¿Y por qué no tienes hijos?. (Silencio).

GASPAR: Nina es estéril.

RENATA: (En voz baja). ¿De modo que la nuestra es una raza en extinción? ¿Somos los últimos sobrevivientes de esa raza?.

GASPAR: No te pongas así, Renata.

RENATA: ¿Cómo me he puesto, hermano? He dicho verdad. Es todo. Y la verdad hay que decirla siempre, cueste lo que cueste. Bien, Bien. Ahora me gustaría ver mi cuarto. No, tú no. Nina. Que me conduzca la pequeña Nina. Quiero decirle algo al oído, al oído: a ella solita. (Al hermano). Es un secreto entre mujeres. (Se mueve hacia la casa y busca a Nina).

GASPAR: ¿Y las maletas, Renata?.

RENATA: Que se queden aquí abajo un rato. ¡No lloverá hoy! ¡Es un día hermoso, a pesar de que...ya casi ha llegado la época del frío...el invierno.

NINA: (Deteniéndose, deteniéndola). Tía Renata....¿Cómo es el invierno, tía Renata?

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

RENATA: (Moviéndose lentamente, como regresando a donde ya estuvo). El invierno es pequeño, como una piedra fría en el centro de la mano. Una piedra que va creciendo a costa de cada minúscula célula de tu cuerpo...y te vas endureciendo poco a poco....y te quedas sin hojas y sin memoria...y la piedra crece y crece....y crece. (De pronto, al hermano:) ¿Qué ocurre, tiemblas....?

GASPAR: Daré de comer a las aves. (Va hacia la izquierda, se eleva y cuando ya va a desaparecer, suena la voz de Renata).

RENATA: ¿Tienes las aves allí?

GASPAR: Sí. (Desaparece).

NINA: ¿Vamos, tía Renata? .

RENATA: ¿Cuántas aves tiene mi hermano?

NINA: Muchísimas. Cientos, tal vez.

RENATA: (Apresuradamente). No me gustan, Nina. No me gustan.

NINA: A mí tampoco. Pero son "sus aves"....¿qué podemos hacer? Son "sus aves".

RENATA: ¿Y cantan también al anochecer, Nina? .

NINA: Algunas cantan toda la noche, tía Renata.

RENATA: ¿Toda, toda la noche?

NINA: Toda la noche.

RENATA: Y no dejan dormir, supongo. (Ríe). De todas maneras, yo nunca duermo. Nunca duermo. Lo único que logro es la duermevela. (Ríe otra vez). Ahora será duermevela con cantos de aves. (De pronto. A Nina.) Nina, ¿me quedaré muerta durante la duermevela? .

NINA: No, tía Renata.

RENATA: ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué estás tan segura Nina?

NINA: Porque yo lo sé. No será así.

RENATA: ¿Y sabes tú cómo será?

NINA: Lo sé.

RENATA: ¿Lo sabes tú también?

NINA: ¿Quién más lo sabe, tía Renata?

RENATA: Las aves, Nina, las aves lo saben todo.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: (Riendo para luego alcanzar un estado próximo a las lágrimas). ¡Las aves sólo cantan, tía Renata! ¡Las aves sólo vuelan y cantan, tía Alfa!.

RENATA: ¡Oh, me has llamado tía Alfa: (Cae de rodillas). ¡Déjame que te salude, pequeña mía...y que te bese la punta de los dedos! (Nina le ofrece con pasión, con vehemencia sus manos. Renata le besa la punta de los dedos. Sube el canto de las aves. Cae el telón).

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

SEGUNDO ACTO

El escenario es el mismo.

Han pasado algunas horas. Nina, sentada. Gaspar, algo distante, de pie.

Durante algunos segundos reina un impenetrable silencio.

GASPAR: ¡Qué silencio, de pronto.....!

NINA: Sí.

GASPAR: Las aves han dejado de cantar.

NINA: Sí.

GASPAR: ¿Será que va a llover? . (Nina calla). ¿Estuvo alegre, verdad? . (Pausa).

NINA: Sí.

GASPAR: ¿Te fijaste? Brindó tres veces por nosotros.

NINA: Sí.

GASPAR: ¿Qué te ocurre, Nina?

NINA: ¿A mí? . Nada.

GASPAR: (Avanzando). Algo ocurre.... (Pausa). ¿Qué tienes en las manos?

NINA: Un libro.

GASPAR: ¿Qué libro es?

NINA: Uno bueno, además. Está escrito en árabe. (Abre el libro y lo enseña). Estos son signos árabes.

GASPAR: ¿De dónde sacaste ese libro?

NINA: Supongo que ha estado en tu biblioteca durante años.

GASPAR: ¿En mi biblioteca, dices? ¿Cómo llegó ese libro allí? No lo conozco.

NINA: Ha estado allí, sin que lo supieras.

GASPAR: ¿No lo traería Luis?

NINA: Tal vez...pero no, prefiero pensar lo otro: que durante años estuvo aquí, en esta casa.

GASPAR: ¿Y por qué prefieres pensar eso?

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: No lo sé. No puedo explicarlo ahora mismo. Mira: este hombre bien podría ser Mahoma. Se lo enseñaré a.....tía Renata.

GASPAR: Muy amable de tu parte. Se sentirá muy halagada.

NINA: Creo que sí. (Pausa. Nina hojea el libro).

GASPAR: ¿Y qué dijo de su cuarto?

NINA: Que es amplio. Preguntó a quién perteneció.

GASPAR: ¿Sí?

NINA: Sí.

GASPAR: Tu madre y yo lo ocupamos, realmente, durante poco tiempo. Pronto nos cambiamos al ala derecha de la casa.

NINA: ¿Se cambiaron por las piedras, abajo?

GASPAR: ¿Eh?

NINA: Ella también habló de las piedras.

GASPAR: ¿Y qué dijo?

NINA: Que eran siniestras.

GASPAR: ¿No le gustó el cuarto, Nina?

NINA: No le gustaron las piedras, abajo. Fue todo. Celebró el color de las paredes y alabó el mobiliario; el lecho, sobre todo. Dijo que era un lecho real. Tuve la impresión de que iba a subirse a la cama y que brincaría como una niñita....

GASPAR: ¿Jugar ella, jugar Renata?

NINA: ¿Nunca jugó? ¿Nunca dijo mentiras, ni en juegos?

GASPAR: ¿Mentiras? ¿Mentiras, dices? (Seco). Nunca la vi jugar...nunca. Bueno, cuando yo nací ella tenía cerca de doce años de edad...y cuando tuve conciencia del mundo y de las cosas, ya ella era una mujercita.

NINA: ¿Era hermosa?

GASPAR: Todos fuimos hermosos en casa. Papá, mamá, Renata. Hasta yo fui hermoso. ¡Sí! "Alce fue hermoso una vez, hija mía, Alce fue hermoso una vez, un día". Alce no fue siempre ni grueso, ni tardo ni torpe como lo es ahora. Alce fue ligero y bello como un ave. (Pausa). Creo que en efecto va a llover. (Pausa).

NINA: Tal vez. (Pausa).

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: ¿Duerme? .

NINA: No lo creo. A menos que.....

GASPAR: .... ¿Qué? ....

NINA: Ella nunca duerme. Dijo que descansaría.

GASPAR: (Moviéndose algo). Sí. Hace bien. El viaje ha sido largo; agotador, tal vez. (Pausa larga).

NINA: (De pronto). ¿A qué ha venido tía Renata, papá?

GASPAR: (Rápidamente). A verme. A vernos. (Pausa muy breve). Tomó el asunto de Luis con buen aire, no mencionándolo después, ¿verdad? .

NINA: ....¿Cuando estuvimos a solas?. No. No lo mencionó.

GASPAR: Y yo que pensé....

NINA: ¿Por esa razón no le escribiste sobre mi presencia aquí, en tu casa?

GASPAR: La verdad, Nina, es que no me atreví. De todas maneras, no iba, no ibas a ocultarte.....

NINA: ¿Ocultarme? ¡Claro que no!

GASPAR: Bien. Bien. Ya eso pasó.

NINA: Así es. Ya eso pasó. Como la ola. Pero aquí viene otra ola...y habrá que darle respuesta.

GASPAR: (Mirándola). Cuando llegue. Cuando llegue.

NINA: ¿Seguro, papá, seguro?

GASPAR: .....En cuanto a Renata...ya lo viste bien ahora: es muy especial. Siempre lo fue.

NINA: Vista ahora, me parece una persona hasta muy sensata.

GASPAR: ¿Y antes, Nina?

NINA: (Casi en un grito y de pronto). ¿Antes? ¡La odié! ¡Durante años y años, la odié!

GASPAR: (Haciéndole gestos para que calle, más bien). ¡Nina, Nina, Nina!

NINA: (Casi serena, de pronto). Ya lo sabes. ¡Qué peso, qué peso! No podía seguir callando por más tiempo.

GASPAR: ¿Casi sin conocer a una persona se la puede odiar así y durante tantos años?

NINA: Se la odia, papá. Se la odia.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

GASPAR: (Sin aliento). Ella no tuvo ninguna mala intención cuando aquello de los dulces. Quería halagarte, quería que estuvieras contenta, nada más, nada más. ¿Qué otra segunda intención podía tener? . Dímelo.

NINA: Eso me pregunté durante años. Pero no la odié por lo ocurrido en la estación. Fue por otra cosa, papá.

GASPAR: (Anonadado). ¿Por otra cosa, Nina? ¿Por qué otra cosa? .

NINA: Sí. Por otra cosa.

GASPAR: (Bajando más y más la voz). ¿Por qué otra cosa? .

NINA: Las muñecas.

GASPAR: (Subiendo la voz muy a su pesar). ¡Nina, Nina, las muñecas fueron su mejor y más preciado regalo.

NINA: Mejor que no me hubiera regalado cosa alguna, nunca. Durante años me acompañaron las muñecas. Bajo el lecho, en mi noche de bodas. La primavera reía maliciosa; el verano declamaba versos obscensos y el otoño lloraba bajo la lluvia...y yo....y yo...(De pronto). ¿Has visto, padre, los rostros de esas muñecas? . ¡Siniestros como las piedras bajo la ventana del cuarto de ella! ¡Si cayera, si cayera....!

GASPAR: (Sin aliento, con un ronquido de animal, sin voz). ¡Nina! ¡Tú odias a Renata ahora, hoy, con toda tu alma, con toda tu alma!

NINA: (A él, fuera de sí). ¿Yo sola, papá, yo sola la odio?

GASPAR: (Aplastado). ¡Nina! (Mira a su alrededor). ¡Qué silencio, por Dios, qué silencio....! Voy a echarle un vistazo a las aves.

NINA: Anda.

GASPAR: (Se desplaza. Casi atrás ya. Se vuelve, regresa un tanto). Pero, pero hemos de esperar que todo...que todo siga igual, ¿verdad Nina? (Implorante). Que los días que pase aquí, entre nosotros, podamos...podamos....

NINA: ....¿fingirle un poco de afecto...? (El padre se cubre la boca). Podemos, creo podemos...Pero, papá...., ella, ella....¿no nos odiará también? . (El padre desaparece).

(Nina queda sola. Larguísima pausa. Entra, finalmente, Renata. Ahora viste totalmente de negro).

RENATA: Allá arriba todo está.... casi a oscuras.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: Aquí también.

RENATA: Tuve que encender una lamparita que siempre me acompaña...en todos mis viajes.

NINA: ¿No soporta usted, pues, la oscuridad?

RENATA: Pienso que esa lamparita, algún día, será tuya.

NINA: (Sombría). Gracias. Iluminaré mis días con ella, entonces.

RENATA: (Sin tono). Las noches también.

NINA: Sí. Los días y las noches. Como las aves. Siempre, algún ave, canta.

RENATA: No me gustan las aves. (Se estremece). El día desciende.

NINA: Sí.

RENATA: ¿Y Gaspar?

NINA: Con las aves.

RENATA: No me gustan las aves.

NINA: Eso ya lo dijo usted antes.

RENATA: Repito, siempre, las cosas. Para asegurarme, tal vez, de que fueron dichas...o hechas. ¡No sé nada de mí! (Nina la mira. Renata siente su mirada). ¡Qué silencio antecede a la llegada de esta noche!

NINA: Así es.....

RENATA: Si. Así es: sin prisas, todo avanza. ¿Y ese libro, Nina?

NINA: Quería mostrárselo. (Abre el libro). ¿Magnífico libro, verdad?

RENATA: Es un libro extraordinario. Parece ser que en cada página se cuenta una historia diferente, pero siempre igual...tratándose de historias de hombres.

NINA: Mire este dibujo. Mírelo bien.

RENATA: (Cerrando los ojos, de pronto). Ya lo vi.

NINA: ¿Qué interpretación le daría usted al dibujo, al cuadro?

RENATA: Alguien perdido, extraviado, en un lugar muy grande. Y hay mucha gente....va y viene, por todas partes, la gente. Gente que llega. Gente que se marcha y alguien perdido...irremediablemente.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: ¿Todo eso, aquí, en este libro desconocido?

RENATA: No tan desconocido ni ajeno, Nina.

NINA: Mi padre supone que este es un ejemplar de un libro sagrado, escrito, además en lengua extranjera. ¿Se habrá equivocado? . ¿Nos habremos equivocado?

RENATA: Solemos equivocarnos a menudo... casi siempre. (Como desde lejos). Nina....

NINA: ...¿qué, tía Renata?.

RENATA: Me gustaría tener tu edad.

NINA: ¿Mi edad, dice usted? ¿Y para qué? ¿Para hacer las cosas que yo hago....las que hice, tal vez?

RENATA: Las que harás, Nina. ¡Tienes la vida por delante!

NINA: ¿Y qué cosas haré yo, tía Renata?

RENATA: Las que harás.

NINA: ¿Es un juego de palabras?

RENATA: Ahora lo es. Después, ya no lo será.

NINA: (Estallando, de pronto). ¡Yo no sé qué haré mañana, tía Renata! (Como una niñita). ¡Yo no sé, yo no sé, yo no sé! ¡No me asuste, por favor, no me asuste! (Tiene un acceso de tos).

RENATA: ¡No tengo dulces, pequeña, no tengo dulces! ¡Sólo tengo mi pañuelo...(llorando)....sólo tengo mi pañuelo, pero ven, busquemos un refugio....busquemos un refugio...como allá, en la estación, todos esos heridos de guerra, pasando, pasando...busquemos un refugio, ahora, otra vez.... (la va llevando a un banco). Ven.... ¡Oh, no, ahora las aves vuelven a cantar! ¡Vuelven a cantar! (Se cubre los oídos). ¡Como los muertos, como los heridos....!

NINA: (Desesperada). ¡Las aves no están cantando, tía Renata, las aves no están cantando!

RENATA: (Con terror). ¿No están cantando?

NINA: (Con terror. Llamando). ¡Papá! (Tose) ¡Papá, papá!

GASPAR: (Cuya voz solamente se oye). ¿Qué ocurre, Nina?

NINA: ¿Qué ocurre, papá, vienes, vienes? ¿Vienes, papá? (Tose una y otra vez).

GASPAR: (Siempre oculto). ¡Ya voy, ya voy!

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: ¡Suélteme, suélteme! ¡Esas garras, suélteme....!

RENATA: ¡Cálmate, pequeña, cálmate! ¿Qué ocurre, pequeña? . ¿Acaso me tienes miedo, a mí, Nina?

NINA: ¡Sí tía Renata, siempre le tuve miedo! ¡Durante años y años temí este día, este encuentro! (La abofetea). ¡Miedo y odio, la odio, la odio!

RENATA: ¡Ah! ¡Ah! (En un hilo de voz). Y Gaspar....¿él también me tiene miedo....y odio? . ¡Dímelo.....!

NINA: (Abofeteándola una y otra vez). ¡Sí, los dos, todos, todos, le tenemos miedo y odio!

RENATA: ¿Y...y por qué, por qué....? (La mira con ojos desorbitados) ¡Oh, cielos ...oh, cielos...! (Sale precipitadamente con rumbo a la casa. Larguísima pausa. Regresa, finalmente, Gaspar).

GASPAR: ¿Estabas sola, Nina? ¿Qué ocurre? ¿Estabas sola? .

NINA: Todo el tiempo, sola... (Mira hacia la casa).

GASPAR: Pensé que ella....

NINA: Sola.....

GASPAR: Me pareció que tosías. ¿Tosías?

NINA: Un poco. (Mirándole). ¿Tiemblas? .

GASPAR: Hace frío.....

NINA: Sí.

GASPAR: (Reparando en el libro). El libro ha caído al suelo.

NINA: Déjalo allí.

GASPAR: ¿Por qué?

NINA: Quizás ése sea su lugar.

GASPAR: ¡Podría ser un libro sagrado!

NINA: Hoy nada es sagrado ya. Nada. Nada. Todas las cosas han caído al suelo. Y yacen sobre él...

GASPAR: (Casi al borde de las lágrimas). Por eso yo hacía de estatua, por eso. Porque era, tal vez, lo último, lo único que podía levantarse ya en el mundo: estatuas, ¡y todo no era más que un juego.

NINA: (Como despertando). ¿Qué....?

GASPAR: Sí, que —tal vez— por eso...hacía yo de estatua en mi perdida infancia.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: ¿De dónde has sacado todo eso...(Con amargura). No es cierto, no es cierto, no es cierto, no es cierto....La verdad es otra: abrías puertas y ventanas siempre y entonces...(De pronto). ¿Con qué propósito abrías puertas y ventanas? ¿Qué significaba?

GASPAR: ¿Significar? No lo sé, no lo sé...a ella le incomodaba...(Pausa breve). No, no, no le incomodaba....realmente. Lo que ocurre, Nina, es que...es que... ¡Nina!

NINA: ¿Qué, papá, qué....? ¡Habla!

GASPAR: A Renata no le incomodaba el que abriera...todas las cosas, cajetas, aberturas, latas, ventanas, ¡en verdad Renata tenía miedo...a algo, a lo desconocido tal vez...y....sí, por miedo...y sobre todo...por amor....por amor, me castigaba...para protegerme, sí, Nina, me hacía todo aquello, "castigos", para protegerme...para protegerme.....!

NINA: Para protegerte, ¿de qué, papá, de qué....?

GASPAR: ¡Si lo supiéramos, Nina, si lo supiéramos.....! ¡El corazón del hombre es un enigma, como ese libro! ¡Si lo supiéramos!

NINA: ¿Si lo supiéramos, dices? ¿Y las muñecas, padre, y las muñecas? ¿Por qué llegaban, cada año, las muñecas?

GASPAR: ¡Si lo supiéramos, Nina, si lo supiéramos! ¡Podría haber sido....

NINA: ....una extraña forma de acercamiento, de comunicación....?

GASPAR: ¡Si lo supiéramos! ¡Si lo supiéramos.

(Nina se levanta y tosiendo y gritando entra a la casa).

NINA: (Gritando mientras se aleja rumbo a la casa). ¡Tía Alfa: ¡Tía Alfa: ¡Tía Alfa: (Se pierde. Gaspar queda a solas. Entonces, descubre sus manos y va limpiando toda la sangre que hay en ellas. Limpia la sangre en sus ropas y sobre los diversos objetos que encuentra. Pausa larga. Regresa Nina, sombría y dice). Papá.... papá....

GASPAR: (Sin mirarla). ¿Qué, Nina, qué? ....(Sin mirarla). Dímelo ya, por favor.

NINA: Tía Alfa, ha muerto.

GASPAR: Alfa, ¿ha muerto? .

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: Está sobre el lecho, muerta. Y a la luz de la lámpara, ¿sabes qué parece tía Alfa?.

GASPAR: ¿Qué.....?

NINA: Una muñeca. Ahora tengo la colección completa. Tuve muchas primaveras, muchos veranos, muchos otoños y tengo ahora, un solo invierno. Ella llegó, vino... ella es el invierno. Ahora tengo la colección completa. Se viven muchas y largas estaciones...pero siempre un solo invierno. Ahora tengo la colección completa.

GASPAR: Y yo...nada tengo. La he perdido. Las he perdido.

NINA: ¿Qué has perdido, papá?.

GASPAR: Mis aves. (Enseña sus manos todavía ensangrentadas).

NINA: ¿Qué ocurrió con las aves?.

GASPAR: Las maté, Nina.

NINA: Las mataste....¿a todas?.

GASPAR: Sí. A todas. Quería matar a una...a una sola...toda la vida quise dar muerte a una ave, solamente. E hice yo también mi colección, por miedo; por temor a matar a esa ave, hice mi colección. Encerrándome yo mismo en la prisión, en la jaula...y no vivir, por miedo, siempre por miedo. (Pausa). Y hoy, Nina, acabé con...las aves....con todas...con todas... ¡sin excepción!

NINA: (De pronto). ¡Se acabó el cautiverio! ¡Pasó el diluvio! ¡Demos gracias, padre, demos gracias! ¡Somos libres...! ¡Somos libres.....! (Casi danza). ¡Somos libres.....!

GASPAR: ¿Tú lo crees, Nina? ¿Oh, podremos ser libres...algún día, algún día?

NINA: ¡Podremos, podremos....! ¡Somos libres ya! ¡Somos libres ya! Hoy mismo le escribiré a Luis una carta...tú pintarás el patio, la casa, de un nuevo color....retiraremos las piedras de debajo de esa ventana...y luego, hasta entraremos a ese cuarto y a todos los demás.... ¡Podremos! ¡Podemos! ¡Somos libres! ¡Estoy curada: Mi tos ha desaparecido!

GASPAR: ¡Sí, sí, sí, y yo no tiemblo ya más: ¡No tiemblo ya más!

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NINA: ¡Mi tos ha desaparecido:

GASPAR: ¡Y yo no tiemblo ya más!

(Silencio absoluto. Anochece totalmente.

De pronto, Nina tose y Gaspar tiembla visiblemente.

En la casa, en el segundo piso, hay la luz de una lámpara. El libro, junto a Nina que sigue tosiendo y junto a Gaspar, que tiembla, está en el suelo, abierto. Nina y Gaspar miran el libro. Inmóviles, o casi inmóviles, miran el libro. Lentamente,

va cayendo
el telón).

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Novela

ACRACIA SARASQUETA DE SMITH

Una Dama de Primera

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

(NOVELA DE LA EPOCA ROMANTICA EN PANAMA)

Dedicatoria:

A la memoria de

una mujer de primera, que me contó muchas cosas de aquellas damas encumbradas de faldas largas y corazones románticos.

Fuera de las figuras históricas, los personajes de esta novela son ficticios.

El Autor.

UNA DAMA DE PRIMERA

1.

30 de mayo de 1870

El zaguán y la puerta cochera de la sólida casona de los de la Estrella se abrían a la Carrera de Acevedo. El edificio, uno de los más antiguos de la ciudad de Panamá, contaba con elevadas y anchas paredes de calicanto en que nichos, para lámparas, candiles e imágenes, reproducían en su forma las claveteadas puertas rematadas por arcos de medio punto. Columnitas simuladas a los lados de la puerta del zaguán sobresalían de la pared ostentando bases simétricas y luciendo graciosos capiteles, de conservador estilo. Los pisos y particiones interiores eran de madera labrada a zuela, con habilidad y primor. El techo de ennegrecidas tejas colocadas sobre vigas de cedro amargo, por dos siglos había soportado la inclemencia del clima cobijando a los descendientes de una raza, cuyas virtudes, vicios y pasiones se multiplicaron al calor de una tierra tórrida, donde todo prolifera en forma espectacular.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

La salita de estar del piso alto de la casa constituyó conveniente y sofisticado escenario de una tarde más en la vida atribulada de la propictaria del inmueble, doña María del Rosario de la Aurora Paredes de Moya y Vallerino de de la Estrella.

En horas tempranas recibió doña Aurora la visita de su yerno, el doctor Henri D'Couvert, facultativo francés que durante tres años había ejercido su profesión, como médico de familias, en la cabecera del Estado de Panamá. Atendía este médico a numerosa clientela, la mayor parte de la cual la constituían mujeres.

Tanto doña Aurora como el doctor sabían que, en aquellos días, muchas buscaban a ese médico no sólo para procurarse la salud sino para curiosear en la actitud y en el aspecto del joven galo, cuya trágica vida privada era motivo de opiniones y conjeturas.

Las visitas de D'Couvert a su suegra habrían dado bastante que hablar en la minúscula urbe, de no haber tenido como pretexto que el doctor tomaba en casa de su suegra la cosita, dicho de otro modo, habitualmente merendaba en esa casa.

La cosita, costumbre istmeña debida al hecho de almorzar las familias a las once del día, tenía lugar, generalmente, entre las dos y media y las tres de la tarde. Por eso, las visitas a esa hora calurosa no se prestaban a muchas conjeturas y murmuraciones, que habrían sido fantásticas, en número y contenido, si la gente hubiera podido escuchar o barruntar lo que dijeron y pensaron esa tarde suegra y yerno.

Sentados uno frente al otro habían conversado por un buen rato. Ella vestía una bata de suave color lila, de las llamada moda joven, que se usaban únicamente entrecasa. El, en cambio, estaba ataviado con un impecable frac negro de material y confección excelentes.

La plática fue serena y trivial hasta que al mencionar ella cierta tela de algodón la comparó con su propio estado mental.

—¿Tela confusa, Mamita? — preguntó el médico sin que su voz denunciara la alarma que le sobrecogió.

—¿Has atendido gente tan pobre?

—El hospital de mujeres está en ruinas, el San Juan de Dios, fue cerrado hace años, en el Santo Tomás, que es el de caridad, solo reciben hombres... Mucho he demorado en ponerme a ayudarlas. ¡Pobres panameñas, ni para morir tienen un sitio apropiado!

Siguió pausa de ojos pensativos en la dueña de la casa e intensamente atentos en él.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

"¿Hasta dónde llegarán los sacrificios que hace este pedazo de mi corazón por nosotras: por ella, por la niña y por mí?" se preguntó doña Aurora, quien tras un suspiro inquirió:

—¿No te da tristeza cuando llegas a esos cuartos y las ves morir a ellas y a sus hijos, Henri?

"Buen síntoma su interés por los otros, pero ¿por qué lo de la muerte? ¿Todavía el deseo de autoeliminación?" Inquirió el análisis mental. Empero, la voz del médico fue casual:

—Muchos viven después de partos difíciles. Se trata de que tengan buen comienzo.

—Para María Luisa no lo hubo. Su calvario empezó antes de ser concebida. ¡Quién sabe cuándo! ¡Quizás no debió venir a este mundo...! ¡Pobrecita! En ese tiempo yo no sabía nada de nada... Ambas fuimos víctimas de la codicia y del engaño. Jamás podré explicarte... No debo olvidar mi... responsabilidad... ¡Jamás! Mi deber es conseguir que nada opaque la caridad, la compasión, que debo sentir hacia ella.

"¿Complejo de culpa? ¡Cómo lo dramatiza, pobrecita mía!" discurrió D'Couvert, mientras observaba el rostro y la actitud de su paciente. En esos momentos, ella únicamente debía ser para él una enferma de la mente, el caso clínico que, en efecto, era.

—¡Lo que le di no se podría llamar vida! —continuó Aurora con exaltada amargura.— Una parodia, ¡todo mentira!

—No cuando yo di a luz, ella no lloró... ¿Pero qué digo? Al nacer gemiría como un perrito... ¡Qué cuna tuvo! ¡No lo podrías comprender en cien años! ... Después no fue posible enderezar lo que empezó tan mal. ¡La hicimos lo que es! Yo misma... No podía darle verdadero amor... Pero se lo di o... no sé!

Las incoherentes frases tornaron pálido el serio semblante del doctor D'Couvert, quien realizaba profundo esfuerzo mental.. ¿Qué recomendaban las lecciones de Jean Martin Charcot, su profesor de anatomía patológica en la universidad y de psiquiatría en las clases prácticas de la Salpêtrière?

En la salita privada de la casona de los de la Estrella, la voz del maestro repetía como un eco en la mente del médico: "Sugestión, sugestión mental; de ser posible sugestión hipnótica, tal como la practicó el Abate Faría, quien tuvo la suerte de nacer en Goa. El pudo aprender en la India algo de la ciencia del alma..."

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—¡Ayúdame, Henri, ayúdame! ¿Cómo habría podido?

La desesperada súplica sonó al mismo tiempo que le llegaba al francés el recuerdo de la atrevida frase del sabio: "el alma... el espíritu... la mente... el cerebro."

—Ayer estuvimos de acuerdo en que eres valiente, resuelta, animosa, harás un esfuerzo, olvidarás las preocupaciones y únicamente pensarás en cosas agradables y positivas: el mar, las flores y... ¿Qué era lo otro?

Doña Aurora se volvió a pasar por la frente la mano trémula, de venas azulosas. D'Couvert observó: "Con este tratamiento mejora, esas uñas ya no están sucias como hace ocho días, cuando me arañaron el alma con su mugre."

—Las tonadas y los cantos que aprendí de niña, eso era lo otro. Pero compréndeme, las ideas tristes me vienen sin quererlo. Mis dudas, mis confusiones, mis desencantos... mis pesadillas...

—Sin embargo, te gusta más pensar en cosas risueñas que te animan. ¿No es así? A ver, una sonrisa. ¡Una sonrisa o me voy! Así quiero verte. ¿Te bañaste toda hoy?

—Sí. Y gocé del baño.

—No te avergüences. Lo importante es poder controlar la mente y la memoria.

Con un sí y un no de ironía, el cerebro ofuscado se expresó:

—Memoria son los recuerdos. La mente los graba. Deben ocupar su debido puesto y valor en el espíritu sano. Eso me hiciste repetir. Nuestra vida, en verdad, es lo que recordamos, ¿no crees?

"¿Sano? Insiste en no olvidar ni un instante nuestra desgracia. ¡Qué no hiciera yo por devolverle la calma! " Aprovechó la coyuntura que le brindaba el tema:

—Sí, la memoria es eso, justamente: ideas impresas en la mente. ¿Crees saber cuál fue tu primer recuerdo?

—¡Cómo no! Yo iba con papacito en un carruaje, él me llevaba en sus piernas, noté su sonrisa... ¡Nunca olvidé cuánto me gustó!

"Mujer desde un principio... ¡Nadie sabe mejor que yo cuán femenina es! "

Los ojos del médico sonreían al consultar la hora. Su reloj, y la respectiva leontina de oro de la cual colgaba, eran símbolos de una cultura de vivir venida de allende los mares.

—¿Te vas ya, Henri? ¿No tomarás antes la cosita?

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Es justamente el momento del café, si ya está listo. No te levantes aún, Mamita. Dame palabra de no llorar hoy. Si te dan ganas procurarás, con valentía, ocupar tu mente en repetir: "A pesar de todo, me encanta recordar la sonrisa de mi papá".

—Lo haré, te lo prometo.

Ante el conmovedor afán de Aurora por sonreir, él ordenó:

—¡Esfuérzate! ¡Tienes que ayudarme! Recuerda que en ti reside el vigor, la potencia necesaria para pensar positivamente. ¿Por qué ríes así, ahora?

—Porque ayer, por hacerte caso, cuando te fuiste me aferré con mi mejor voluntad al pensamiento de mi valentía, del mar y de las flores. Todo iba muy bien, pero al tratar de entonar un tamborito me volví un chorrillo. Lloré y lloré hasta quedar dormida. No había llorado desde cuando me dijiste que habías llevado a María Luisa y a sus perros a vivir en el Callejón de las Animas... ¿Empeoraría por mi culpa? ¿Enfermaría porque me faltó darle amor verdadero?

—¡Por favor, Aurora, repítete una y mil veces que eso no es así. Nadie es responsable de lo que nos ha ocurrido. No se conoce el motivo de la locura. Si esta noche te pones nerviosa, llama a Eliseo, te lo ruego.

—No te preocupes. No creo que vaya a ser necesario. Este golpe también lo ha recibido él. ¡Mi viejo servidor se ha encorvado! ¡No me gusta verlo sufrir! ¡Pobre negro mío! Desde antes del 52 ya era libre; prefirió quedarse en mi casa para cuidarme.

—También yo lo aprecio, porque su vida es servirte. Nos ha sido absolutamente fiel. No vaciles en llamarlo.

—Haré cuanto me pidas si te comes la cosita y me prometes que pronto vas a mandar a Maria Eugenia a visitarme.

—Voy a comer tus galletas y tus jaleas, si eso ha de ayudarte.

—Te lo ruego, Henri. ¡Estás tan delgado! Ultimamente has perdido color, aunque todavía te ves bien. Ese frac negro es ¡reclame perfecto para un buen médico!

El interés de la dama puso algo de rosa en las mejillas del varón; sus dientes brillaron tras el bigote.

—Y mi perla... ¿No le hace juego?

Encantador rubor y grandes ojos negros entornados fue la respuesta de la dama. El gesto de inconsciente coquetería habría hecho difícil atribuirle treinta y tres años de edad.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

"Sigue siendo la misma: la más delicada y apetecible mujer. ¡Quién lo hubiera pensado al verla hace una semana! Hoy no ha mencionado el deseo de morir; su estado ha mejorado definitivamente. Mas debo ser paciente... Me va en ello la vida misma... y la de mi hija. ¡Esta mujer lo es todo, todo, para mí!

Mientras él razonaba con los ojos fijos en la figura femenina, su paciente se levantó serenamente y se puso a servirle el café. El anciano Eliseo lo había subido, con la tradicional cosita, en una bandeja de plata.

Los movimientos de Aurora y su delicado atuendo casero revelaban que ella, a su vez, pertenecía a una cultura de hospitalidad y buenas costumbres: la de los criollos de la clase elevada del Istmo.

Consumida la deliciosa colación: café con leche, galletas de huevo, jalea de piña, merengues color rosa y chicha de granadilla, el doctor D'Couvert partió hacia su clínica de la Carrera de Nariño. Trataría de cumplir con su trabajo de curar una veintena de pacientes atacados por toda una gama de enfermedades tropicales, capaces de desesperar a cualquier médico de su tiempo: corría el año de 1870.

* * *

30 de mayo de 1870

Doña Aurora de la Estrella, sentada cerca de la puerta que daba al balcón, trató de cumplir lo recomendado por su médico. Con la mejor voluntad concentró su pensamiento en el primer recuerdo que había dejado una huella en su espíritu. Otras ideas afloraban y se mezclaban con él.

Aceptó que no podía hurgar y rebuscar en su pasado sino hasta esa vez, cuando se dio cuenta de la existencia de su progenitor y de su propia alegría. No recordaba para dónde iban ni de dónde venían.

En la pared de su saloncito estaba el retrato de su padre, pintado por un artista italiano. Se levantó a contemplarlo con detenimiento. "Estoy cierta de que esta pintura no le hace justicia" se dijo. "El era más guapo, estaba más lleno de vida... aún en sus últimos días".

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Evocó la faz de su padre mientras él sonreía ampliamente: los labios intensa y deliciosamente sonrosados bajo el bigote negro, suave, limpio...

"Yo habría dicho que la sonrisa de papacito no era únicamente atractiva sino..."

La habría herido quien le hubiera explicado que la boca voluptuosa de su padre tenía una apariencia sensual de relajada complacencia. Sin embargo, así había sido. Mas doña Aurora nunca lo habría aceptado conscientemente.

Desvió la vista de la imagen de su progenitor y la fijó en otro retrato que se encontraba en la pared, enmarcado también en fina moldura dorada. Ambos óleos se mantenían en óptimas condiciones. Los miró alternativamente:

"¡Habría sido imposible comparar la boca de papacito con la del mariscal!"

Como en más de una ocasión, con tranquilidad y satisfacción detuvo su interés en el rostro de ese otro hombre de rasgos inteligentes, serios, llenos de determinación. El uniformado mariscal, la contempló con nobles y dignos ojos, en los que adivinaba un velo de tristeza.

Ese retrato de don Antonio José de Sucre y Alcalá, el Abel de Colombia, el héroe de Junín y Ayacucho en las guerras por la independencia de la patria, había estado en su poder desde que doña Carmen de Vallerrico, la hermana mayor de su madre, se lo entregó al hacerla heredera de todo lo suyo.

La tía Carmen había sentido una romántica pasión amorosa por aquel hombre extraordinario que fue Sucre. Aurora tuvo que escuchar la sentimental historia de aquel amor por no menos de noningentésima nonagésima nona vez. Como todos los grandes amores, ése fue un amor desgraciado.

Carmen Vallerrico vio al mariscal en la ciudad de Quito unas tres veces. Lo ha oído hablar seria y sensatamente en una sola ocasión, pero ello había bastado para impresionarla para toda la vida.

Antonio José de Sucre y su secretario panameño, José Domingo de Espinar, el joven médico trigueño, amigo de la familia Vallerrico, visitaron en aquella ciudad andina la casa donde residía Carmen, con el propósito de completar su educación.

* * *

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

3. Quito, 30 de mayo de 1822

Antonio José hablaba con naturalidad. En su voz había una firmeza notable, en su mirada una pizca del dolor engendrado por el temor que atenazaba su alma visionaria, que preveía el futuro desdichado de miseria y esclavitud para los pueblos que amaba y serían presa fácil de quienes, por ambiciones personales, los mantendrían desunidos, y, por ende, débiles.

—La opresión ejercida por los españoles nos ha conservado en el aislamiento. España nos dividió con el fin de poder explotarnos con mayor facilidad. Por eso cada hombre y cada mujer de nuestra América Española están en el deber de luchar por la unión de estos pueblos que amenaza la codicia de los europeos.

—Pues ya es poco lo que falta para que seamos completamente libres y para que nos unamos en un solo país bien grande e invencible expresó con audacia la jovencita panameña que esa tarde había sido presentada al mariscal.

—Existe siempre la posibilidad de que caigamos por separado en manos de políticos o militares inescrupulosos, que también deseen mantenernos desunidos para ellos, a su vez, ser los opresores de Latinoamérica.

La sala estaba llena de oficiales, civiles y damas de todas las edades. La tertulia improvisada parecía una gran fiesta planeada de antemano.

Carmen de Vallerrico miraba con admiración al simpático Mariscal Sucre y él, al notarlo, sonreía complacido. Contaba veintisiete años y ya hacía cuatro había recibido el grado de general. ¡Tanto valía!

"Su franca fisonomía me subyuga. No es tan guapo como don Simón, pero es muy hombre, se le nota y a mí me cae rebién" pensaba la panameña, que ya en el año de 1822 era toda una damita digna de lucir en sociedad.

José Domingo de Espinar y el mariscal irradiaban alegría y juventud, ataviados con sus vistosos uniformes rojo, azul y blanco.

La semana anterior, el ejército confiado al comando de Antonio José había vencido a los realistas a las mismas puertas de Quito, después de ser reforzado por las tropas que envió el General San Martín desde el Perú.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Todavía brillaban en los ojos de Carmen de Vallerrico las luces que encendieron en ellos los estruendosos aplausos con que la jubilosa ciudad, embellecida con banderas y guirnaldas, recibió a los vencedores.

Carmen y otras jóvenes de la alta sociedad habían lanzado, desde los balcones, flores y pañuelos a los soldados de la independencia que pasaron, en parada, ante las casas blancas de bajos balcones del Quito colonial.

Sin ocultar las lágrimas de júbilo, la panameña había gritado vivas y saludos hasta quedarse ronca.

—¿Quién es esa belleza rubia que te llama a gritos, José Domingo? —preguntó el héroe de Junín al médico e ingeniero panameño que cabalgaba a su lado.

—Es paisanita mía, una de las señoritas de las de 'adentro' en Panamá.

—¿Panameña? ¿Te ama?

—No, no. Sería imposible, yo soy de los de afuera. Ella es blanca, pero su familia es amiga de mis padres, que me obligan a visitarlos los domingos.

—Aristócrata o no, está loca de alegría.

—¿Y no lo estamos todos, acaso? Esa es una chica muy sincera.

—Por ella, y por todas las que en nuestros países son como ella, lindas y buenas, por sus hijos y sus nietos, daría feliz en los combates mil vidas, si las tuviera. Cuando termine la parada volvamos a esa casa, ¿quieres?

—Los de ese hogar deben ser muy patriotas, mi Mariscal. Desde allí nos lanzaron flores.

—Este pañuelo blanco me vino por aire con un beso de tu paisanita.

Menos de una hora después, Sucre era presentado a Carmen.
Al saludar a la señorita de Vallerrico, el héroe exclamó:

—¡Qué viva el Istmo de Panamá, tierra de mujeres bellas y soldados valientes!

—¡Cómo has crecido, Carmencita! ¿Cuántos años tienes ya? —preguntó el bueno del doctor Espinar.

—Cumplí diecisiete, pero papá y mamá creen que son doce. Al enterarse de las últimas batallas me han mandado a buscar con un capitán de barco amigo de ellos. Me voy a Panamá dentro de dos

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

días. ¡Imagínese mi disgusto, doctor Espinar! ¡Qué pena! ¿no es verdad?

Se dirigía a Sucre al hacer la pregunta. Había un anhelo tan claro en la radiante faz de la joven, que el mariscal se acercó decidido y tomó entre las suyas las manos de Carmen. Con sus ojos soñadores clavados en los de ella, alzó, una tras otra, las manos virginales para estampar en ambas respetuosos besos.

—¡Eres encantadora! ¿Te vas al Istmo? Me has gustado tanto que no te dejaría ir y te guardaría para mí, si no comprendiera que todos hemos de sacrificar los más íntimos anhelos por nuestra gran causa: la libertad de la patria grande, nuestra amada América Hispana. Lo sientes igual, ¿verdad, Carmen?

—Si, señor. Ustedes los varones ofrecen la vida. ¿Qué nos tocaría hacer a nosotras?

—Mucho, Carmen preciosa. Te puedo visualizar consiguiendo que tu tierra, tu Istmo de Panamá, situado en el corazón de nuestra América, sea el eslabón que una con lealtad, con calor, con ternura y con sacrificio el norte con el sur de nuestra tierra colombiana.

—¿Por qué le interesa Colombia? ¿Acaso no es usted de Venezuela? —preguntó a Sucre otra de las damitas que, desde que entró en la sala el mariscal, no se separaba del lado de Carmen. Su nombre era Mariana Carcelón y Larrea, Marquesa de Solanda.

—Lo soy, pero mi amada del Orinoco es parte de la Gran Colombia, que a su vez, es un fuerte brazo de nuestra América Hispana, a la que haremos poderosa con nuestra unión.

—También nosotras, las mujeres, debemos tomar parte en la organización de ese futuro, ¿no es cierto? —opinó Carmen.

—Sí, señorita. Todos sin excepción debemos cooperar, propagando la idea.

Los ojos de la panameña centellaron. Unión era acercamiento y todo lo que la acercara a su héroe era bueno y justo. Por eso contestó mostrando otra vez su delicada y honesta naturaleza:

—¿Quién iría a escuchar lo que yo diga?

—¿Dudas? ¿Eres una joven bellísima y dudas? No te ruborices. ¡Lo sabes! Todos te aman con solo verte, tal como lo he sentido yo al pasar bajo ese balcón. Usa el poder que tienes. Ve a Panamá y en las reuniones sociales y en los hogares, que tengan la suerte de tenerte entre sus visitantes, explica a tus paisanos nuestro ideal americano: la gran confederación de estos pueblos que hablan

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

español, para asegurar su grandeza y fortaleza contra cualquier enemigo de afuera o de adentro. Una palabra tuya, unida a tu luminosa sonrisa, valdrá por mil cañones, por varios batallones de patriotas... Un día iré al Istmo a pedirte cuenta de tu misión. ¿Harás lo que te pido, Carmen?

José Domingo de Espinar, que escuchaba a su jefe y amigo, sonrió orgulloso cuando su paisana enderezó el busto y respondió muy seria:

—Cumpliré sus órdenes, mi Mariscal, ¡se lo prometo!

Acompañó Espinar a Antonio José después de saludar ambos marcialmente a las jovencitas. Se mantuvieron callados por un buen rato, durante el cual notó el amigo, secretario, y compañero de armas, que el rostro de Sucre traslucía una tristeza íntima. El noble y sincero corazón del gran patriota latinoamericano ofrecía la pesadumbre de sus renuncias, como sacrificio, ante el altar de la América que tanto amaba.

La muchacha al verlos partir sintió que una lágrima rebelde salía de sus ojos y no se preocupó en ocultarla. Su amiga la abrazó con fuerza. También en sus ojos había brillo, pero no de lágrimas.

—Comprendo que llores, Carmencita. Trata de ser valiente como él, como yo, como todos los sudamericanos que queremos la libertad de estas tierras, aun siendo de la más alta aristocracia española. Muchos la admitimos para que las cosas no cambien para nosotros...

—Yo lloro porque lo amo y voy a partir, ¿por qué te interesa él tanto a vos, mi querida?

—Porque yo también lo amo, pero de otro modo. El representa el ensueño de poder a que estoy acostumbrada. El está y estará en el pináculo de la gloria mientas viva; por eso siento que me duele el pecho con solo mirar a Antonio José. Vine a esta casa para conocerlo...

—¿Sentís así, de veras, por amor a la patria?

—Y a mí misma. Si llego a casarme alguna vez será con alguien tan grande como él o que ocupe un lugar tan alto. No me comprendes, ¿verdad? . Olvídalo. ¿De qué conoces a su secretario?

—Es uno de los muchachos del pueblo de Panamá.

—Es medio mulatillo.

—También es un héroe. Ha estudiado mucho y ha conseguido un puesto en la vida de la ciudad. Ya hablaban de su futuro antes de la guerra; es médico militar e ingeniero.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Se ve altivo, pero se le nota demasiado que no es criollo puro. Sucre sí lo es, eso salta a la vista. Es lástima que su secretario, que atrae por lo fuerte...

Carmen la interrumpió.

—¿Llegará el día en que podamos decir: "mi abuela era india o negra", sin tener que ruborizarnos por no ser criollos puros?

—Dicen que para eso es la guerra. Pero yo te aseguro que no es así. Las cosas tienen que cambiar para que sigamos igual que antes los que somos de la clase superior. ¿Crees que las mujeres de primera dejaremos de serlo? ¡Eso no lo permitiremos jamás! Aunque tengamos que casarnos con los generales o mariscales que triunfan en esta guerra.

Mariana reía muy dulcemente al hacer esta declaración.

* * *

4. 23 de mayo de 1848

— ¡Días gloriosos aquellos, los de la guerra por la independencia de nuestra América, Aurorita! Me parece ver a nuestros soldados cuando pasaban en sus monturas bajo el balcón. También la infantería marchaba. Los aclamábamos a todos.

—Me gusta mucho esta clase de historia, tía Carmen. Aunque me agradaba más cuando venían las otras niñas a la escuelita de amigas que teníamos aquí, en nuestra casa. Lástima que tuvieran que cerrarla. Perdón, olvidé que no debo mencionarla.

—Las familias dejaron de mandar a sus hijas, amor mío. Volvamos a lo de la guerra por la independencia.

—Me hubiera gustado ver galopar al panameño Espinar con los que marchaban a la cabeza. Siempre lo alaban.

—Se creó un buen puesto, porque fue un héroe. Después de la guerra lo nombraron gobernador acá en Panamá.

— ¡Qué pena que lo tacharon de dictador, tía! Papacito dijo que Espinar se había tenido que ir de la patria, exilado. A ti te dolió que marchara. ¿Lo apreciabas, porque él conocía bien al Mariscal Sucre? Espinar te contaba de él, ¿no?

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Por eso y por muchas cosas más que nos han unido en la vida, sin dejar de respetarnos el uno al otro, como amigos y como dos soldados de la independencia que fuimos.

– Pero si las mujeres no pelearon, tía.

–Hicimos mucho por la causa de la libertad. No lo dudes. Si el Istmo envió un batallón de seiscientos a pelear a Junín, a Matará, a Pichincha, y a Ayacucho, fuimos las istmeñas quienes mandamos a nuestros hijos, a nuestros novios y a nuestros amigos a dar la vida por la libertad de nuestra América.

–¿A Junín, tía? ¡Entonces algunos panameños oyeron al Libertador cuando les ordenó que acometieran, "que ¡siempre de quien se ha atrevido más el triunfo ha sido! "

Que " ¡quien no espera vencer, ya está vencido! " ¡Cientos de veces lo tuvo que repetir a las niñas que venían a mi escuelita. Les gustaba escucharlo. Idolatraban al Libertador.

–Es emocionante. Pero olvida la escuelita.

–Sí, hijita, tu papá no quiere que hablemos de ella. ¡Y él es tan bueno!

–Lo es tía, pero no comprendo cómo hombres ricos como él dejaron que don Simón, nuestro grandioso Libertador, tan valiente, muriera, como me contaste, en la más espantosa miseria.

Doña Carmen se ruborizó profundamente.

–¿Quién te ha enseñado a hablar así, criatura? Esas podrían ser palabras de un liberal, pero jamás de una niña de familia conservadora.

– No te quise disgustar tía. Unicamente pienso en el deber de los que hubieran podido evitar...

–¿Has vuelto a hablar con el hijo de Chavé? Ese anda con liberales. Desde que trabaja, su madre no viene a coser. Dime, ¿te ha hablado él en la calle?

–No tía, no hemos vuelto a conversar desde... hace eternidades. Fuiste tú quien me hizo memorizar que el Libertador era tan brillante y tan inteligente como valiente, abnegado y desprendido.

–Lo fue, Aurorita, y además fue vidente.

–No pudo adivinar que moriría en la miseria. ¡Ah! Sólo quiso pensar en el bien de los pueblos que había libertado. Tú misma lo dijiste en la última lección.

–No pensó en sí mismo y ese fue un grave error. Hay que trabajar y guardar para tener.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Pero los pobres no pueden guardar lo que no tienen, tía.

—Los que son pobres lo son, porque no trabajan ni ahorran, como las hormigas, hija. Nadie debe depender de otro ¡nadie! Unicamente de Dios.

—Pensar algo así te debe poner triste. ¡Qué solos estamos los conservadores si sólo pensamos en nosotros mismos!

—No arruges el ceño. Aprende a pensar sin que se te note. Tú nos estás saliendo demasiado atrevida. ¡Me das unas contestaciones! No seas de las que hablan sin meditar con juicio. No te debimos dejar jugar con ese... Bueno, bueno, ya no me beses más.

-Vuelve a contarme de tu mariscal, tía. El también dejó...

—¿Frases célebres? En un informe escribió que "el valor de los realistas estaba en sus pies, mientras nuestras tropas, en cambio, ¡lo llevaban en el corazón!"

—¿Qué más te sucedió con él? ¿Te besó las manos y no ocurrió nada más? ¿No te dio órdenes de otra clase?

—¡Cómo te brillan los ojos, criatura! Pues no lo volví a ver. Fue muy poco lo que pude hacer acá por la causa de la unión de nuestros pueblos. En el Istmo cunde el egoísmo, la ambición personal, la desunión... Entre los comerciantes y ganaderos que forman nuestra alta sociedad no encontré eco a mis explicaciones sobre las esperanzas de unión de toda Hispano América.

—Tal vez no hiciste mucho, porque él no vino a visitarte como prometió; se te murió el entusiasmo. Además, ya nunca nos invitan ni a bautizos ni a fiestas, debido al luto por nuestros queridos difuntos, que Dios tenga en su justa gloria. Amén. Además, para remate, él se casó con tu amiga, la orgullosa, la mala, la doña Mariana Carcelén, ¡nada menos que Marquesa de Solanda!

—El no pudo venir, niña. Fue América Hispana quien lo absorbió de un todo. Ella me lo quitó, no la marquesa. Dos años después de conocerlo yo, en 1824, nos dio el aguinaldo de poner preso ¡nada menos que al Virrey del Perú! ¿Iba a tener tiempo para amoríos un hombre de esa talla?

—¿Después de eso por qué no vino a verte?

—Tuvo que marchar a libertar y a organizar el Alto Perú. Fundó allí un país; lo llamó Bolivia, en honor a nuestro amado don Simón. Como ya te enseñé la semana pasada, Antonio José fue su primer presidente. Pero mi mariscal tampoco encontró allá eco para sus ideales.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Seguro que allá pasó igual que en Colombia. La gente, tía, la gente que no es más que gente, según don Manuel de la Estrella.

—Ecole, cada uno quería mandar, sobre todo, los militares, que se rebelaban y se levantaban en armas. En Chiquisaca, aquellos mismos que él libertó quisieron matármelo, de un tiro le destrozaron un brazo; en Olañeta, lo iban a envenenar; el Comandante Valentín Matos casi lo apuñala, y él le perdonó la vida; otro tal Luque también atentó contra él, ¡hasta que al fin lo mataron!

—¡Pobrecito! Pero no llores, tía, se casó con la otra y, te aseguro, esa no lo llora.

—Lo hizo seis años después de besar mis manos, en el año veintiocho. Antes de eso sofocó no sé cuántas revueltas en Bolivia. Allí era tan indispensable que no pudo venir en representación de ese país al Gran Congreso Americano que convocó el Libertador en Panamá, en el año veintiséis. Eso constituyó una gran desilusión para mí. Yo ya tenía veintiún años y estaba dispuesta a irme con él, si venía. Crucé a San Francisco varias veces a ver pasar a los representantes... Sucre no se presentó.

—Papacito dice que ese no fue un gran congreso sino un gran fracaso, que en la sala capitular de ese convento de San Francisco no se hizo nada.

—No, hijita. Algo se hizo. Por lo menos vinieron a reunirse a nuestro Panamá. Si Sucre hubiera asistido...

—Tal vez sólo pensaba en Mariana. Dice don Manuel de la Estrella que era bastante bonita.

—Pero no lo quería, sobrina.

—Eso es sabido. Don Manuel también dice otras cosas de ella: al enviudar se casó con el General Isidoro Barriga, uno de los asesinos de Sucre.

—¡Un malvado, hija!

—Sí, tía. Ese monstruo dejó caer de sus manos, desde el balcón del tercer piso de la casa de ellos, a la única hijita del mariscal: ¡a la niña Teresita!

—¡Ay! ¡Cómo se atreve Manuel a contar esa tragedia tan horrorosa a una niña chiquita como tú!

—No tan niñita ya, tía. El señor de la Estrella cree que ya soy grande, me trata como lo que soy: una señorita. Después de todo, mejor te hubieras casado tú con el mariscal. Y no llores, no vaya a ser que papá se dé cuenta de que has llorado.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—No, si no lloro. Tal vez no me casé con él, porque no me permitieron viajar a verlo. "Un soldado" decían mis padres, "como los médicos y los artistas, mal marido". Pero yo le amaba, vivía para su recuerdo, siempre estaba melancólica.

—Jamás viajaré en 14 de junio, no lo digo por superstición...

—Sino por respeto.

—¿Lloraste mucho cuando se casó con la otra?

—No. Es curioso: ¡Pero yo no lo hubiera reemplazado tan pronto! ¡Yo no habría permitido a Barriga jugar las haciendas y la fortuna de mi Antonio José! ¡Yo no habría hecho que un esclavo mío destrozara la espada que le regaló el Perú, para hacerle aretes a mis criadas con las piedras preciosas de la empuñadura!

—¡Qué mujer más cruel y perversa! ¿Es su ruindad lo que te hace llorar?

—No, mi linda. Se me salen las lágrimas al pensar que ya no tengo esperanza de volver a ver su frente amplia de hombre inteligente, sus ojos claros, dulces y tristes como los de un venadito, su boca firme de puro seria. ¡Con sólo sonreír hacía pensar que entregaba su corazón!

—También tenía la nariz muy recta. ¡Me encanta verlo en ese retrato! Se nota que era valiente como un león. ¡Qué lástima que no supiera cómo lo amabas! ¡Es muy triste que sucedan casos así! ¡Muy doloroso!

La expresión sentimental de Aurora hizo sonreír a la llorosa Carmen de Vallerrico. Le contagió la sensibilidad de su sobrina, a pesar de no comprender el sentimiento secreto generador de las últimas frases de la niña.

—Dos veces he viajado a Quito a rezar en la Catedral ante su tumba. Allí le he volcado mi corazón.

—Por lo menos tienes su recuerdo, tía Carmencita... y la misión que te encomendó. Yo también la continuaré, por amor a ti y a la patria.

—Nuestra amada Colombia, ¡la patria grande! ¡Tú tan niña y ya comprendes el valor de pertenecer a una sola nación los que tenemos la misma sangre, el mismo idioma, la misma religión, la misma historia, las mismas esperanzas en la grandeza de nuestra raza latinoamericana! El tuvo que explicarlo en los congresos a los representantes de la Gran Colombia. Ellos, cultos e importantes, encontraban difícil llevar a cabo ese ideal. Antonio José era tan buen orador y mostró tan altas dotes, que siempre consiguió los

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

votos para apoyar la unión que él defendía y por la que los conservadores luchamos.

—Papacito alaba a Sucre por buen matemático. Dice que usaba precisión hasta para echar esos discursos.

—El último congreso a que asistió lo prestigió con su famosa oratoria. Después de ese triunfo suyo, ya los envidiosos no pudieron sufrir más su superioridad, y por eso lo mataron.

—¿Quienes? ¿No fue ella quien...

—¡Los enemigos de nuestra causa, los egoístas, los ambiciosos, los despechados, los que abominan la unión de nuestros pueblos, para poder mandar aunque sea en un rincón, porque ellos son pequeños e incapaces. ¡No se pueden comparar con alguien tan desprendido, honrado y generoso como el Mariscal Antonio José de Sucre!

—Si estás tan orgullosa de él, ¿por qué lloras, tía?

—¿Cómo no he de llorar, si pienso que a lo mejor nadie le cuente a las próximas generaciones cuán gran patriota fue mi Antonio José de Sucre y Alcalá, cómo amó a estas tierras y a su gente?

—Se los contaré yo, tía Carmen.

—Ojalá, amor mío. El tenía sólo dos años de casado. Se encaminaba hacia la residencia de su esposa, a verlas, a ella y a su hijita. Dicen que le avisaron que lo iban a emboscar, pero, a pesar de eso, no desistió.

—¿Y no crees, tía, que los enemigos del Mariscal Sucre, le evitaron la pena de oír de la muerte del Libertador?

—Tienes razón, niña mía. Tampoco supo del desastre de la desunión. Su propia Venezuela fue la primera en coger por su lado, luego siguió el Perú, más tarde el Ecuador y después nos separaremos nosotros.

—Ojalá no sea así. Sería una calamidad, como repite papá.

—Tal vez mi mariscal hubiera evitado esa calamidad. ¡El era un verdadero caudillo!

—¡Lástima que no esté vivo Sucre! Espero que otros lo imiten, aunque no sean mariscales...

—¡Qué buena y animosa eres, hijita! En cambio yo, al pensar en esos nobles ideales de esa unión cada día siento mayor desaliento. ¡Hasta José Domingo de Espinar, cuando se hizo dictador, quiso separar el Istmo de la Gran Colombia!

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Dice papacito que el Libertador, en su lecho de muerte, se puede decir, mandó rogarle a Espinar, que también fue secretario suyo, se hiciera lo posible por mantener a Panamá unida a lo que quedaba de Colombia.

—Tenía razón... La unión hace la fuerza, claro está, pero a Panamá le está resultando mucho sacrificio continuar unida a la Nueva Granada. ¡Todo lo que colecten las autoridades aquí se lo quieren llevar para Bogotá! ¡Tenemos que costear los caros ejércitos con que se sostienen en el poder los gobernantes!

—A tu Mariscal Sucre le habría dolido saber eso.

—Cierto. El se sacrificó de corazón, por su América Latina, pero habría comprendido el caso del Istmo, que es pequeño y no necesita de tantos militares.

—¿Los hubiera quitado? ¡Qué bueno!

—Tal vez. ¿Cómo se llaman esas montañas donde lo mataron?

—La solitarias montañas de Berruecos, cerca de Pasto, tía.

—¡Fue un crimen! ¡Tan valiente y morir en una emboscada! ¡Tan cariñoso y ser asesinado por cuatro bribones que le dispararon a quemarropa, por el frente y por la espalda!

—¿Cuáles cuatro fueron?

—Nunca se supo. Solo contaron lo que Antonio José dijo al sentirse herido.

—¿Qué dijo, tía, qué dijo?

—¡Ay, balazo!

—¡Lo que no pudo una bala española! Papá cree que otros monos gordos tuvieron la culpa. Asegura que fueron los liberales.

—La lista de acusados por tan horrendo crimen fue larga, ¡pero únicamente el malvado Apolinar Molina fue al patíbulo! ¡El proceso fue un escándalo!

—¿Fue cierto que el General Isidoro Barriga, el que se casó con la viuda del mariscal, también tomó parte en el complot?

—Sí. ¡Malvados militares, egoístas y avaros de poder y riquezas! Nada respetan. Negaron su culpa...

—¿No fueron... los liberales, pues?

—Ellos, ¡ellos! los liberales del General José María Obando y del General José Hilario López lo mandaron a matar. Estoy segura. ¡Esos dos Caínes fueron después nuestros presidentes!

—¡Verguenza para este país! ¿Cómo sabes que es cierto, tía?

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Me lo contaron en Quito. Como siempre, nadie se atrevía a hablar ni acusar. El miedo a los militares acalla la voz de la justicia y anula el valor.

—Les temen debido a que su maldad es cosa conocida. Por su culpa los negocios se paralizan y no se puede trabajar. Se lo he oído a papacito. Los odio tanto como a los liberales que dañan a los jóvenes ofreciéndoles imposibles.

—¡Cómo vas aprendiendo a conocer la vida! Estudiar la historia ayuda mucho. Sin embargo, aprende a no apasionarte tanto, una dama no se altera.

—¿Por qué no fui yo hombre, tía? ¡Habría acabado con todos esos militares liberales que no dejan progresar al país!

—Habrías tenido razón, niña. Los militares sólo piensan en sus ambiciones, no en producir algo que sirva para los demás. No hacen más que levantarse en armas en cuanto creen que los gobiernos no los dejarán enriquecerse a ellos y a sus familiares.

—Jamás amaré a un soldado, tía Carmen. Por cuenta de tantos militares ha habido muchas guerras desde que nací.

"Y puede que me case con un pedagago" añadió para sí Aurorita, sin atreverse a expresarlo.

—¿Guerras? No, no ha habido muchas, sobrina.

—¿Cómo que no? Pregúnteselo a Eliseo.

—Lo que él cuenta son leyendas y consejas que se oyen en las cocinas y los patios donde se reúnen esclavos y criados. Eliseo es bueno, pero no creas sus historias, niña.

—El va hasta el arrabal a escuchar lo que sucede: la verdad de muchas cosas que no cuentan los periódicos de Bogotá ni los de Cartagena. Esas cosas no las publican las hojitas de acá de Panamá, que son tan pequeñas y no critican al presidente actual.

—¿Que desayuna y cena curas? No decir todo ni ofender a los demás. Esa es una buena regla conservadora, apréndela, y jamás menciones al General Tomás Cipriano Mosquera.

—Así será, porque usted lo pide, tía Carmen. Pero es una pena que no se haya escrito completa la historia de lo que pasó cuando... el General Urdaneta se levantó en armas para derrocar a don Joaquín Mosquera, que bien... Bueno cuando ellos mandan. ¡pobres de nosostros los conservadores!

—Eso fue antes de que tú nacieras, Aurorita, mucho antes.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—Pues en ese tiempo ya Eliseo entendía las cosas. El también sabe por qué no triunfó el Zuro: la gente creía que peleaba por una cosa y era por otra.

—¿Qué Zuro fue ése?

—¿Quién va a ser, tía? El venezolano que era buen amigo de los panameños, el que fusiló don Tomás, que se aprovechó de eso y ahora es gobernador, ¡el Coronel Herrera! ¡el mismito que tanto quiere la gente!

—¿Qué es ese enredo que te han metido en la cabeza?

—Ninguno. Tú bien sabes que esa vez papacito hizo que se llevaran en la leva a Eliseo. ¿Por qué te disgustas y te pones roja?

—¡Eso no fue así! Laurencio le procuró un buen caballo y hasta le dio una de sus escopetas.

—No hizo nada para evitar que se lo llevaran siendo, como era, hijo único de Domitila. Y todo porque supo que Eliseo ya no era esclavo, aunque el pobrecito negro quería seguir siéndolo.

—¿Quién te ha contado eso?

—Juana de Mata lo oyó y no puede decir a quién, ni aunque la maten — contestó la jovencita, que añadió para sí: "Jamás traicionaríamos a Buenaventura ninguna de las dos".

—Pero eso no pudo haber sido así, tú no lo vuelvas a repetir. Prométemelo.

—Si tú no quieres, no lo haré. Ni tampoco diré que Eliseo fue hasta Penonomé con los soldados, y más lejos todavía: hasta otro Río Grande, en el Interior, donde vio con sus ojos, que se han de comer la tierra y los bichos, cómo fusilaban a los dos venezolanos, al Zuro y al otro, el que arrastró al Zuro a la guerra.

—¡Ah! ¡Ya sé de qué hablas! Ese hombre ruin no se llamaba Zuro, sino Juan Eligio Alzuro, digo mal, Coronel Alzuru, le decían. Ese fue un militar extranjero que se juntó con los negros, el populacho del arrabal, la chusma de liberales, y creyéndolos el gran apoyo, se metió, de puro audaz, a separar el Istmo de Colombia.

—¡Bien hecho! Los del arrabal buscan la libertad del Istmo. ¡Hacen bien!

—¡No! El lo hizo para convertirse en tirano. Tú tampoco habías nacido entonces. Solo repites lo que debe haber dicho el hijo de doña Chavé, la costurera. ¡No lo hagas más! Olvida lo que dice ese sabelotodo.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—¡Perdón, tía! Dirás que tampoco había nacido yo cuando la terrible guerra. ¿Ah? Cuando salimos huyendo, porque vino el padre Mateo despavorido, llorando y llamando a papacito?

—¿Te acuerdas de eso? ¡Si es imposible! ¡Eras tan chiquita! Entonces te llevamos a pasar unos días a la finca de Las Sabanas. Eso sucedió la vez que el Presidente Márquez, ¡ese anticristo! se atrevió a eliminar los conventos.

—¡Ah sí! Cuando salió San Francisco a pelear en los campos de batalla, igual que saldría ahora para derrocar a Tomás Cipriano, ¡perdón!

—¡No exageres! San Francisco de Asís es un santo y los santos están en los cielos. Ellos solamente ayudan. Los que pelearon esa vez en este país fueron los frailes, ¡y muy valientes se mostraron! Y de nuevo te ruego que no menciones al presidente. ¡Pecado!

—Si yo hubiera peleado ya no quedaría ni un solo liberal aquí en Panamá, ni en toda Colombia —aseguró la jovencita, que añadió:

—Tía, ¿papacito peleó alguna vez contra los diablos liberales?

—¡No! ¡Gracias a Dios! El nunca ha perdido la chaveta, ¡jamás ha sido loco! Unicamente ha pertenecido a la Sociedad de Amigos del País, que era de civiles. Tu mamá se enamoró de él cuando andaba metido en eso. A ella no le gustaban los militares.

—A mí tampoco; yo acabaría con todos. ¡Aunque fueran conservadores!

—¿Tú, sobrina? Para hacerlo habrías tenido también que ser militar. Antonio José lo fue desde jovencito. Tu eres mujer y todavía muy chiquilla para poder juzgar. Algnas veces hay que pelear y entonces es mejor saber hacerlo. Trata de recordar esta historia que te he enseñado sobre mi héroe, no como un volcán de odio, sino como una historia de amor. El amor lo vence todo. Lo sé. Lo sentí ante su tumba. Unicamente en el verdadero amor hay paz. Mi Antonio José descansa en la más absoluta paz. Lo sentí en la Catedral de Quito. En su misericordia infinita, Dios se hizo cargo de él, en pago de haber amado tanto a su América Hispana.

—¿Estará también en los cielos dirigiendo a los ángeles que vienen como un ejército, a libertar a todos los esclavos, sin excepción? Se lo diré a Juana de Mata, y a... Eliseo.

—¡Ah, loquilla! No hagas mucho caso de lo que habla el negro Eliseo que, aunque nació esclavo en casa de conservadores, sueña imposibles. Juana de Mata está mejor aquí que en ningún otro lugar.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

—¿De qué le servirán los libertadores?

—¿No sirvió a Juana de Mata el Libertador? ¡Le ha dado tanto! Bolívar y Sucre y los otros héroes de la independencia consiguieron libertar a los esclavos que pelearon por la libertad, pero ha sido mejor, para muchos, que esas leyes no los alcanzaran a todos. Ojalá los maestros de la gente del arrabal pudieran comprenderlo y enseñarlo. Son como niños. Hay que cuidarlos.

La tía Carmen no notó que su alusión a los educadores sacó una chispa más de los ojos de Aurora; pero así fue.

—¿Estás segura de que el Mariscal Sucre opinaba como tú? —preguntó la chica que disimulaba sus sentimientos.

—No lo sé, hijita. No hablé mucho con él. ¡Murió tan joven!

—¿Por qué lo enterraron en Quito? ¿No era oriundo de Cumaná, que queda en Venezuela?

—Los ecuatorianos no habrían permitido que les quitaran los restos de su héroe.

—¿Lo querían mucho? La gente del pueblo quiere mucho a... algunas personas.

—Los quiteños amaban a Sucre. Me parece oírlos aplaudiéndolo y alabándolo. Cantaban sobre él, en las serenatas.

—¡Yo también lo hubiera querido como ellos, tía! Comprendo cómo se puede amar a los que se sacrifican por su pueblo, defendiéndolo, enseñándolo...

—Lo sé, mi amor.

Tal era la emoción de ambas que la clase de historia de ese día terminó en lágrimas y abrazos, provocados por la evocación del cariño de todo un pueblo por su amado paladín, y casi semidios de ellas. ¡Mas cuán diversas sus emociones! La amante tía Carmen no habría aceptado que el corazoncito de su sobrina guardara ya una pena secreta.

En general, las lágrimas eran solución de continuidad muy común en el rico hogar donde se levantó Aurora; toda su pequeña patria istmeña lloró mucho durante su niñez y su juventud. Antes de los catorce años, también esa niña había conocido la amargura que dejan el renunciamiento y la frustración.

* * *

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

5. 30 de mayo de 1870 4:10 P.M.

"Yo sólo tenía doce o trece años cuando tía Carmen volvió a relatarme lo de su gran amor, basado en el ideal de la unión de los pueblos de la América Hispana" pensó doña Aurora de la Estrella. "Ese amor encendió en su corazón una llama, un fuego, que no se extinguiría. Si mi memoria comenzó a marcar huellas el día que noté la belleza de la sonrisa de mi querido papá, ese principio de inteligencia se perfeccionó en mí al comprender la grandeza del amor de tía Carmen, que podía comparar con la vergüenza que me daba mirar dentro de mi desobediente corazón. Era locura ponerlo en quien creía amar, aunque ya se hablase de que era apreciado por muchos en el Arrabal de Santa Ana, donde trabajaba como maestro ejemplar, a pesar de ser muy joven.

Con los ojos fijos en la miniatura que representaba la efigie del Abel de Colombia continuó meditando: "Pero, después de veinte años, viéndolo bien, mi corazón estrujado, desilusionado y enfrenado fue un cuento que inventé en mi niñez. Como decía mi Juana de Mata, yo inventaba las cosas y después las creía... ¿Se puede saber lo que es el amor a los diez años? Ahora puedo asegurar que mi primer gran amor fue también, sin duda alguna, el guapo Mariscal de Ayacucho. Me enamoré de su retrato. Sus facciones nobles y su seria expresión dieron vida a los ensueños de mi corta mocedad. El hombre que emulara al héroe digno de mi verdadero primer amor tuvo que ser otro idealista... Jamás un liberal ambicioso de lo que nunca había tenido, y menos aún un arrabalero, aunque su posición de maestro al comenzar su carrera, y después su actuación limpia como juez, lo elevaron en cierto modo. Lo que sentí de niña por Buenaventura Correoso no pudo ser un verdadero amor..."

"No lo fue" se repitió con firmeza. "Lo de Henrie D'Couvert sí, y desde el primer día. El, además de idealista, era y es un buen médico. Por eso mismo debo seguir sus órdenes. Hoy sólo pensaré con valentía en la sonrisa de papacito... en el mar... en las flores..."

Las reminiscencias de las clases de historia que le daba tía Carmen, incluyendo sus amores de trágico fin ante una tumba y la contemplación de los retratos, habían pasado en un corto instante. Los últimos vestigios de aquel recuerdo coincidieron con la visión de una niña de trece años con su primera falda verdaderamente

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

larga y su primer peinado alto bajo un sombrero de moda. Acompañada por Juana de Mata, que caminaba unos pasos tras ella, al pasar bajo las amplias arcadas del Cabildo, Aurorita de la Estrella contestó con una leve inclinación de cabeza y un profundo rubor el gentil saludo que le hizo, quitándose galantemente el sombrero, un guapo mozo de dieciocho años que hacía un año era maestro en la Escuela Pública del Arrabal de Santa Ana. "Que boba soy recordando aquel saludo todavía. Todo lo que me pasaba era que no sabía si a los trece una debía ser saludada con el sombrero por los varones. Hacía por lo menos tres años que no me permitían hablarle al hijo de doña Chavé". Por un segundo, se preguntó por qué se le apretó dolorosamente el pecho en esa ocasión. Su mano rozó su frente y con esa acción la dama desprendió de su mente el importuno pensamiento y se sentó ante un bastidor con pies en que estaba un bordado comenzado dos meses atrás.

Suspirando convino doña Aurora en seguir el trabajo, abandonado cuando la desventura terminó de clavar sus garras en el más infeliz, el más débil y desventurado eslabón de su familia.

Por un rato se ocupó la dama en buscar la aguja apropiada para la tarea. La encontró, con otras, en una cajita sobre el marco del bastidor, por estar guardada en polvos de arroz no mostraba rastros de moho ni de óxido.

Casi sin darse cuenta se dedicó a realzar una flor que bordaría en amarillo, color que pareció fascinarla a medida que cosía.

"Los patitos que marqué en la primera sabanita que cosí para mi hijita eran justamente de este tono" susurró, se llevó las manos trémulas a los ojos, y con un suspiro profundo, se transformó en una estatua del dolor. Mas reaccionó: "Tengo que olvidarla, ¡mi nenita adorada! Tan chiquita... tan desvalida... Debo tratar de volver a concentrarme en la idea que me dejó mi primer recuerdo o también yo... ¡Oh, no lo permitas, Dios mío! "

Posó la vista con ansiedad en el rostro de su progenitor, rostro aristocrático, cuya imagen completaban el vestido de alpaca negra y la inmaculada pechera blanca adornada con letines y alforzas.

"A él lo recuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo. De quien no me acuerdo en absoluto es de mi madre. En su lugar me parece ver a Domitila, la mamá de Eliseo, vieja esclava de casta carabalí, el ama de llaves por su edad y su capacidad. Domitila me bañaba y me vestía. Le gustaba peinarme y hacerme crespos. ¡Pobre viejecita mía! Otros cuadros no olvidados de mi niñez vienen a mi mente al evocarla a ella, siempre respetuosa y leal a las Vallerrico, ¡como su hijo Eliseo! Junto a ella recuerdo a doña Chavé, la

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

apacible y cariñosa dama pálida que era la costurera que llegaba algunos días por las mañanas con su niño, el muchacho que todo lo podía, pues sabía leer siendo tan chiquito y delgado: "Buenaventura". Dicen que yo le decía "Buen-vé" cuando aún no hablaba claro y no podía pronunciar su nombre.

* * *

6. 1840-1850

Las esclavas negras se desvivían por cuidar a la niña Aurorita, criatura blanca de suave cabellera oscura, vástago de conocida e influyente familia de la aristocracia criolla de Panamá.

Junto a ella, don Laurencio, su padre, el amo, el señor, el caballero, el admirado y observado blanco de 'adentro', andaba siempre de un lado para otro, ocupado con sus negocios de abogacía, que incluían gestiones y contratos en general ante tribunales de todas las categorías y ante los escribanos públicos. No se exceptuaban, naturalmente, las ventas reales, condiciones y por poder de esclavos y esclavas, donaciones y retroventas de los mismos, cartas de libertad graciosa, de compra de la propia libertad y de compra de libertad de terceras personas. Dichas cartas iban casi todas complementadas por el ahorrío en forma, que concedía amparo, bajo ciertas penas, para que nadie ofendiera al que había sido esclavo.

Además de llevar a cabo dichos múltiples trabajos de abogacía para alto número de clientes, el papá de Aurora sacaba tiempo para cuidar a sus fincas de ganado y bestias de carga.

Nada de lo anterior era obstáculo para que ejerciera, afectuoso y paternal, el cuidado de su hijita. Ella, con su existencia, le había dado la oportunidad de constituirse en el patriarca y señor de su discutido hogar familiar.

Casi todos los días llevaba a la niñita, ya en carreta de mulas, ya en coche, a dos de sus muchas fincas: la de Las Sabanas y la de las faldas del Cerro Ancón. La última, ubicada cerca del manantial que proveía de agua a la ciudad, estaba destinada, en parte, a caballerizas muy productivas. Lo último se debía a que sendos caminos de importancia cruzaban dicha propiedad. Uno atravesaba el Istmo desde la ciudad de Panamá al pueblo de Chagres; el otro conducía hacia el interior de la Provincia de Panamá y el resto de las provincias y territorios del Istmo.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Aurora conversaba con su papá cuando lo acompañaba a las fincas. El la escuchaba y decía luego, contento, que ella salía despierta e inteligente, que ya era compañía, cosa que lo alegraba.

Estaba conforme con tenerla a ella, aunque no fuera el varoncito que le habría gustado como hijo; porque su heredera gozaría de una gran fortuna y de propiedades, en este Istmo maravilloso, "que atrae como moscas a la gente del mundo entero, que han de pasar por aquí a la fuerza. Y nuestra sagacidad se debe emplear en hacer fácil el paso, para que vengan más y más personas a dejarnos y a hacernos más y más ricos".

Aurorita lo quería con locura. En una ocasión él le confesó:

—Para no ponerte madrastra no me he vuelto a casar. Por siete años he preferido que la gente de la ciudad me apode "el viudo".

A pesar de su atractiva sonrisa, don Laurencio era muy serio. No fue sin alarma como oyó a su niña responderle:

—Domitila dijo en la cocina que no te has casado otra vez, porque el hombre soltero solo es medio hombre, el casado es hombre entero y el viudo es nada menos que flor de las damas. Mas el viudo que se vuelve a casar es clavellina en culo de perro... Pero no te irrites, el hijo de doña Chavé le contestó que tú jamás serías eso, porque eres un caballero como lo fue su papá, don José de los Santos Correoso, que como escribano público autenticó en 1821 el Acta de la Independencia del Istmo de España.

Esa vez ordenó a su hijita no repetir ante nadie el vulgar aserto sobre el poco valor de los viudos que reincidían en el matrimonio. Le habló en tono serio pero autoritario. Debió dar, en cambio, una orden muy cariñosa en su casa, porque desde ese día sus tías insistieron en apartar a su sobrina del trato con la servidumbre.

Hasta el acento de la voz de don Laurencio cambiaba cuando estaba en su hogar. Su delicadeza y suavidad corrían pareja con la benevolencia con que en su paraíso personal trataba a su hija y a sus cuñadas: Carmen, Leonor y Lucía de Vallerrico.

Las tres hermanas de la difunta esposa de don Laurencio se habían creído en el deber de servir de mamás a su sobrina, cuando a los dos años de edad quedó huérfana de madre. Tal vez si ellas no hubieran vivido en la casa contigua a la de su cuñado, no habrían podido coger tan a pecho tal papel...

Las dos casas donde habitaban Aurora con su papá y las señoritas tías se prestaban para que, en mucho modos fueran una. Colocadas en la Carrera de Vallarino, antigua Calle de San Francisco, eran edificios del mismo alto y apariencia. Les daba cierta dignidad

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

el tener dos plantas y el quedar cerca del Cuartel de las Monjas. ¡Fue lástima que se quemaran dos veces en sendos grandes incendios que asolaron la ciudad!

Después del primer fuego, en realidad constituían una sola construcción, aunque por el frente mostraban diversas fachadas. En la planta alta se comunicaban por el corredor de atrás y por el que corrían en medio de las habitaciones. Un solo aljibe de mucha capacidad recogía y surtía de agua lluvia a ambas residencias, pero tanto la una como la otra poseían puertas cocheras y patios interiores en los bajos.

—Son muy buenas casas —dijo una vez una de las tías de Aurora. —Lo son, porque fueron reedificadas bajo la dirección de nuestro cuñado Laurencio. El ya era el hombre de nuestra familia antes del incendio en que murió, ahogada por el humo, mi hermana Mariquita, la madre de nuestra criatura.

* * *

7. 30 de mayo de 1870 4:15 P.M.

"Mi mamá que tanta falta me hizo, cuando me casé con Manuel. Porque ella nunca me lo habría permitido" se repitió una vez más doña Aurora de la Estrella.

Dos lágrimas comenzaron a bajar por sus mejillas mientras bordaba, y para observar mejor su trabajo las limpió con el dorso de la mano.

"El que las llamas hayan sido el motivo de las pesadillas que he sufrido toda la vida, tal vez se deba a que de chica presencié varios incendios que me impresionaron, y porque mi madre murió ahogada por el humo de un fuego" murmuró la bordadora, mientras arrematabа una hebra de hilo.

* * *

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

8. 30 de mayo de 1870 4:30 P.M.

"No obstante haber gozado de una plural condición en lo materno, pues tuve, en verdad, tres cariñosas y amantes madres, en ciertas ocasiones, cuando algo no era de mi agrado, me sentía huérfana... Ellas eran muy unidas, si se trataba de no permitirme jugar ni acercarme al hijo de la costurera, doña Chavé, porque ella cosía y repasaba ropa ajena, y ellos eran de afuera... aunque fueran blancos".

Por un instante doña Aurora abandonó la costura y miró al vacío.

Sus facciones se dulcificaron al evocar la imagen de la viuda y el niño pálido y bello como un angel que leía a su lado. ¡La mujer y el niño a quienes no debía hablar, porque residían en el arrabal!

"Mientras vivieron mis tías, mis contratiempos se limitaron a esos pequeños desacuerdos sin gran valor, y a otros como no querer yo regresar a la ciudad, cuando ya había terminado el período de veraneo, y las familias se veían obligadas a dejar las fincas a orillas de nuestro Río Grande, por las muchas lluvias y las crecidas del río, que es tan ancho y caudaloso que dicen que por allí harán un día el canal que unirá los dos océanos...

"Pero la mayor parte del tiempo, me sentía satisfecha con el rumbo de las cosas. Hasta el mismo anciano doctor Cabarcas, Obispo de Panamá, me dijo una vez que el cuento de hadas que era mi niñez rivalizaba en belleza con los cielos claros y soleados de los veranos del Istmo. Era muy chiquita y lloraba cuando lo oí; pero nunca olvidé esas palabras del que había sido maestro de mi padre y de toda la juventud del Istmo en esos días.

"A medida que fue despertando mi inteligencia comprendía que todo iba bien, porque en mis dos casas la vida era pacífica y feliz, aunque yo sufriera la injusticia de que la negrita Juana de Mata sí pudiera corretear con Buenaventura, el chico de doña Chavé, mientras yo, que era menor que ellos, me moría de envidia y de deseos de participar en sus juegos".

* * *

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

9. 30 de mayo de 1870 4:40 P.M.

La sugestión obraba en favor de la paciente de D'Couvert, los cuadros del pasado se sucedían sin esfuerzo en la mente de la dama que bordaba inclinada ante el bastidor. Había picardía en su sonrisa al recordar al joven estudiante que abandonaba los libros para jugar al escondido con la negrita esclava que daba chillidos de placer cuando éste la encontraba tras la puerta que Aurorita señalaba.

10. 1840-1844

Don Laurencio y su hijita pasaban cada día a almozar y a cenar en el comedor de la casa de las tías, luego regresaban a la de ellos a concluir la velada en la elegante sala de recibo de don Laurencio, donde los esclavos mantenían los pisos, muebles y lámparas brillantes, de lo puro limpios.

Allí se le reunían las tías que venían a rezar el rosario y a alabar al Gran Amigo de aquella familia cristiana, católica, apostólica y romana... muy panameña en el fondo. El Señor era evocado, en voz alta, primero por Aurorita, que pedía la protección del Niño Jesús y de la Virgen para ella, para toda su familia y para todos sus esclavos y servidores.

Después del rosario jugaban con barajas españolas o leían en voz alta poemas y noticias de periódicos de Bogotá. A veces, al son de la guitarra, que el viudo pulsaba, todos cantaban bambucos, valses, pasillos, tonadas del pueblo y algunos cantos, que sus padres habían aprendido de sus abuelos. A Aurorita le encantaban de entre los últimos: la Rosa de Castilla, El Barquero, La Sortijita de Oro, Doña Ana y la Balada de Isabel, aquella que decía:

"Mi marido es alto y rubio,
tiene tipo de francés,
y en el puño de su espada
lleva el nombre de Isabel".

Se unían al grupo familias amigas y hasta familias enteras de la misma ciudad de Panamá, de Cartagena, de Barranquilla, de Cali, de Quito o de Bogotá, pues el papá de Aurora, su familia y la de su difunta esposa habían sido y eran harto importantes en Nueva Granada.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Dominaba a todos los visitantes la figura familiar y opulenta de la única hermana de don Laurencio, la tía Rosita, cuyo esposo era primo de un exgobernador de la Provincia de Fábrega, quien a su vez era otro asiduo visitante de las dos casas. Sentado en una cómoda mecedora de fresco respaldo de paja trenzada, el cuñado de don Laurencio recogía allí noticias de primera mano en materia política y mercantil. Los políticos y comerciantes las comentaban y él las pasaba a su jefe en la Oficina de Vapores. El último era un avispado yanqui que hacía buen uso de ellas.

En más de una ocasión reverendos sacerdotes, monjas y hasta Sus Señorías Ilustrísimas, los obispos de diferentes diócesis, visitaban esa aristocrática sala. Todos ellos mostraban generoso interés por la hijita de don Lencho, y por sus adelantos en los estudios de la doctrina cristiana.

El papá de Aurora, y su entrañable amigo, don Manuel de la Estrella, apreciaban y admiraban a los clérigos y, sobre todo, a los obispos. Con los comerciantes acostumbraban discutir sobre precios y posibilidades del mercado local y de los de fuera del Istmo; todo ello en medio de almuerzos, cositas y cenas, generosamente regados con vinos de Chile, Perú y el Medio Día de Europa. Los vinos los traían barcos que tocaban las costas del Atlántico y del Pacífico del Istmo.

En ese tiempo don Manuel de la Estrella, amigo íntimo de las dos casas, era, según comentaba (burlonamente) Juana de Mata, "el novio de las tres tías". Esto último constituía motivo de risa para ambas: la negrita esclava y la blanca muchachita aristócrata, descendiente de criollos puros.

Las tres señoritas de Vallerrico se desvivían en atenciones para el amigo de su cuñado; el señor de la Estrella se dejaba atender, con los ojos fijos en la niñita blanca.

Mientras, las tres tías de Aurora —madrecitas, maestras y ángeles guardianes de ambas niñas— por ser blancas, solteras, ricas, bien relacionadas y aristócratas, no solo eran motivo de la curiosidad de los habitantes de las dos casas sino de la gente de la alta y de la baja clase de la ciudad.

Carmen, la mayor de las señoritas de Vallerrico, la que se había enamorado del Mariscal Sucre, pecaba de exceso de idealismo, amaba la poesía y la declamación de poemas románticos. Desde su regreso del Ecuador, debido a que en el Istmo en esa época no había escuelas para niñas, mantuvo en su casa durante muchos años una escuelita frecuentada por más o menos una docena de alumnas. En dicha escuela de amigas se enseñó a leer y a escribir el castella-

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

no a Aurora y a Juana de Mata. También, con extraordinaria paciencia, les habían impartido las cuatro reglas de aritmética, la regla de tres y el interés simple. Además, les hizo memorizar trozos de varios libros, entre ellos, nociones de geografía, de historia sagrada y de historia de España.

Para asombro de todos, la avispada esclava había aprendido de memoria una carta entera del señor don Simón de Bolívar, el Libertador de la Patria. Además, sabía otra carta famosa: la de despedida de Sucre a Bolívar, escrita cuando no pudo darle el abrazo final al Libertador, y lo hizo con la más tierna de las misivas.

La negrita ponía gesto solemne al recitar esta última, cuya copia era motivo de veneración en casa de todas las familias conservadoras. En la sala de don Laurencio los oyentes se ponían de pie en el momento cuando, como punto obligado de ciertas tertulias, tía Carmen llamaba a Juana de Mata a declamar la noble carta de despedida del Mariscal Sucre al Libertador.

A Carmen de Vallerico se le saltaban las lágrimas con la primera frase: "Mi General: Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida".

"Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted".

Tía Leonorcita suspiraba y repetía en su corazón las nobilísimas frases que seguían en el triste documento:

"Mas no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted, usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona".

Tía Lucía cerraba, invariablemente, los ojos azules cuando Juana de Mata continuaba con la promesa que daba vida al penúltimo párrafo:

"Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que usted me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo".

Ninguno de los presentes, varón o mujer, que oyera la despedida final, podía menos que emocionarse. El mismo don Laurencio buscaba una mano amiga para estrecharla o abrazaba a su hijita contra su corazón.

La declamación ponía especial sentimiento en su gesto y en su voz, que no por juvenil era menos enternecedora: "Adiós, mi General; reciba usted por gaje de mi amistad, las lágrimas que en este

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo. A. J. de Sucre".

El temblor de la voz de la inteligente niña negra hacía vibrar las almas de grandes y chicos cuando pronunciaba el nombre del autor de tan sentida epístola. Al finalizar la carta se pudieron oír muchas veces lo sollozos de las románticas mujeres. ¡Tanto amaban a los héroes de la libertad de América Latina los aristócratas istmeños que se repartían entre ellos los altos puestos públicos que ya no venían a ocupar los españoles! ¡Se sentían los dueños de esa libertad que les permitía no pagar impuestos a España y ser ellos quienes cobraran esos impuestos al pueblo del Istmo! ¡Ya podían negociar con el mundo entero y ser ellos quienes ejercieran el comercio y fueran al mismo tiempo dueños de las tierras y del ganado! También eran ellos quienes miraban horrorizados que algún joven de "afuera" de las murallas de su ciudad pusiera los ojos en alguna de sus blancas y delicadas niñas. Aceptaban a regañadientes como a un mal necesario los ejércitos colombianos, pero odiaban tener que pagar la seguridad que contra el mundo exterior y contra los arrabaleros les ofrecían esos soldados de su misma raza.

Carmen de Vallerrico, la primera en verter lágrimas, también cambiaba el espíritu de la reunión con alguna ocurrencia. A veces pronunciaba una frase jocosa o citaba un dicho en español o en francés, idioma que dominaba, porque era muy culta.

Carmen inició a su sobrina Aurora en el conocimiento de esta última lengua europea, e hizo que una estirada viuda inglesa le diera clases de inglés. Además, buscó al Maestro Porras para que enseñase a su sobrina a tocar la guitarra, canto y algunos de los bailes más en boga a mediados del siglo diecinueve: cuadrillas, lanceros, mazurcas, y valses.

El viudo mostraba admiración especial por todo ese empuje de su cuñada Carmen; la trataba como a una reina. En verdad, a ella, todos, sin excepción, la adoraban. Tanto en su hogar como entre la aristocracia de la ciudad, y aun en el arrabal, se hablaba de ella con respeto y elogios.

Cuando la familia participaba en fiestas en otras casas, fiestas debidas a cumpleaños, a bautizos, a bodas o a simples tertulias, las mujeres y los hombres mostraban predilección por Carmen de Vallerrico, porque era bonita, elegante, alta, rubia, popular y sabía ser rica.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

Todo lo de Carmen de Vallerrico hablaba de dignidad, de grandeza. El carruaje en que la familia iba a misa en la Iglesia de la Catedral, los días domingos y de fiestas de guardar, era suyo. El par de caballos negros que tiraban de ese coche había sido traído del Perú y era famoso en la ciudad. Aurorita estaba orgullosa de aquellos pencos negros; comprendía que eran la envidia de muchos.

El coche de don Laurencio tampoco era de despreciar. Lo tiraban dos caballos blancos, sin manchas. En ese coche solía salir la familia por las tardes, camino de la Salve en San José o en la Merced. También lo usaban para ir a dar pésames.

A Aurora no le gustaba eso de visitar tan a menudo a las familias donde había ocurrido alguna muerte. Pero en la Panamá, de esos tiempos, según acostumbraba a decir tía Leonorcita, sonriendo tristemente, con la media sonrisa que le era peculiar: "La muerte andaba por las carreras y callejones escogiendo sus víctimas, mañana, tarde y noche, sin compasión de ninguna clase y sin hacer excepciones".

* * *

11. 30 de mayo de 1870 4:50 P.M.

"¡Cómo me habría gustado que Henri hubiera gozado el par de caballos negros de tía Carmen! A él le atormenta lo deshecho de nuestras calles, que si un día estuvieron empedradas, como cuentan, ya desde entonces tenían gran cantidad de huecos y pozos de lodo. El habría olvidado el barro, gozando de ese magnífico carruaje".

"Aunque Henri se oponga, porque cree que me deprime, uno de estos días tendré que hacer enganchar mis caballitos bayos para ir a rezar, por las noches, en las casas amigas donde haya habido alguna desgracia. ¡Se muere a diario tanta gente! Igual que cuando iba con papacito y mis tías a dar condolencias..."

"Con razón cuentan que don Rufino Cuervo comentó después de visitarnos: 'Si alguien quiere conocer a Panamá, que corra porque se acaba.' ¿Lo diría, porque nos asolan las pestes, y tantos panameños mueren a diario? ¿O porque muchos se quedan sin casa día a día, por los fuegos, que cuando se encienden quieren acabar con toda la ciudad? ¿Oiría él que, para enterrar a los

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

muertos, hay que sacar de sus ataúdes a los que todavía no son esqueletos pelados? ¿Cuál otra razón tendría don Rufino para hacer ese comentario? "

"Seguramente oyó de semejante penosa costumbre. No hay madera ni dinero entre la gente del pueblo... ¡Qué horrible situación! El pobre Henri vive espantado. Piensa que esa miseria, que hace perder el respeto a la muerte, es el motivo de las pestes que nos asolan... Si mi querido doctor supiera que del rostro sonriente de papacito he saltado a pensar en lo peor de la muerte...

"A pesar de todo me encanta recordar la sonrisa regocijada de papá" afirmó con decisión la dama, que volvió a ensartar la aguja en hilo color rosa encendido. Antes de aplicarla sobre lo ya realizado levantó la vista hacia el retrato de su progenitor. Le pareció verlo cuando iba a salir, inclinándose para dar las gracias a tía Lucía, la menor de sus cuñadas. Ella acostumbraba arreglarle cariñosamente el canto del pañuelo de suave seda negra que el viudo llevaba al cuello.

* * *

12. 1840-1844

Tía Lucía, rostro de ojos celestes un poco saltones, tenía dulce y suave expresión. Etérea, aunque fuese rubicunda y gordita, le parecía un poco lejana a su sobrina. En la escuelita para niñas de familias amigas que funcionaba en casa de las Vallerrico, la niña Lucía enseñaba a marcar, calar, bordar y tejer en toda clase de materiales. La memoria de doña Lucía de Vallerrico debía estar llena de los pellizcos que propinaba a Aurorita y a las otras niñas cuando se saltaban puntos o ensuciaban la costura. " ¡Qué cruel era! " decía su sobrina recordando las dos largas trenzas de cabello castaño y sedoso que colgaban a la espalda de la señorita Lucía.

Esa tía se ponía claveles rosados al final de sus moños de pelo que le llegaban hasta la cintura. Seis días del mes tenía la coquetería de cambiarlos por claveles rojos. Dichas olorosas flores crecían en tinajas en los patios de ambas casas. Entre las matitas, las esclavas insertaban palitos de madera muy rectos. En las puntas superiores de los mismos colocaban cáscaras de huevo.

La estampa borrosa de la niña Lucía de Vallerrico guardaba semejanza cercana con la vida real de aquella introvertida y san-

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

turrona mujer, que vestía casi como una monja. Romántica, rimaba sueño con ensueño de incontables milagros, con flores de azahar en primer plano.

Lucía creía tener derecho a llegar a ser esposa de don Laurencio y por ello pedía ese milagro con supersticiosa fe, pero él jamás ocurría. La rezadora rogaba por ese matrimonio mediante sorprendente cúmulo de oraciones, salmos, gozos, novenas, triduos, trece días, veintiunos, y rosarios que rezaba hincada.

Pero Aurorita, Juana de Mata y las otras alumnas de la escuela para amigas, nada sabían de aquellas intimidades y angustias de la maestra de costura, cuya crueldad las sobrecogía de espanto. ¡La severidad de la Niña Lucía hacía coser primorosamente!

* * *

13. 30 de mayo de 1870 5:00 P.M.

Mientras la flor tomaba cuerpo, los dedos de doña Aurora empujaban las puntadas con un punzón y con el borde del dedal. Su mente se perdía en el borroso pasado. Las imágenes revivían su infancia, plena de incidentes, algunas veces inexplicables...

* * *

14. —1840—

Aurorita, inocentes cuatro o cinco años, caminaba por un largo corredor poco iluminado. Se detuvo ante la puerta del cuarto de su papá. Estaba cerrada. La manita infantil empujó la labrada madera y entró. Un petate de paja bajo la hamaca llamó su atención. Aurorita haló algo largo y claro con ambas manos. Más tarde jugó con la muñeca que don Laurencio le había hecho con su pañuelo. Esperaba que su papá, o tal vez tía Lucía, volvieran a jugar con ella sobre el petate. Pero en el cuarto solo estaba su progenitor leyendo en su hamaca.

En los años siguientes, cuando Aurorita recordaba ese muñeco y el petate de paja, experimentaba cierta confusión y le parecía estar tirando como de unas sogas gruesas y suaves, cual trenzas de cabello claro. Nunca se acercó a tía Lucía en busca de caricias, y a sus

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

confusos pensamientos volvían gemidos con acentos que no hablaban de dolor sino de algo prohibido, algo que infundía vergüenza si esta tía, por algún motivo, la tocaba o la pellizcaba.

Al recordarlos, la niña se sentía igual que cuando pensaba en la negra Evarista, la esclava etíope, que quería besarle todo el cuerpo después de bañarla. Aurorita gritaba disgustada llamando a su papá, porque creía que la negra la ensuciaba al besarla. "¡Me quiere poner la boca en el conchín, papacito! ¡Ya me la puso!"

A Evarista no le permitieron volver a poner las manos sobre la muñeca blanca, ni tampoco la dejaron estar a solas con ella. Días después, Juana de Mata sollozaba cuando Eliseo se llevó a Evarista con su 'tamuguita' de ropa al hombro. Iba a entregarla a los de la Vega, que la habían comprado por fuerte y simpática, aunque fuera delgada.

Aurorita pensaba que ese era un castigo desproporcionado para la falta cometida por la esclava. En cierto modo resultaba extraño que a esa edad temprana comprendiera la injusticia.

No obstante ello, no entendió por qué ese día su papá estuvo disgustado hasta el punto de contestar de mal modo a tía Leonor, cuando ella dijo que no quería gatos andando de noche. Mas el disgusto del viudo no duró. Su regla invariable era tratar con dulzura y cariño a sus cuñadas.

Desde que vendieron a Evarista, Aurora dejó de tener como compañera continua de juegos a Juana de Mata. La mayor parte del tiempo tía Leonor mantenía a la negrita ocupada en la cocina puliendo las ollas de cobre, menester que acostumbraba ejecutar la etíope. Mas ello no era obstáculo para que cuando no había clases se oyeran los chillidos de placer de la negrita esclava que jugaba al escondido con el chico de la costurera. El simpático y cariñoso muchachito sembraba alegría por donde quiera que andaba. ¡Su nombre y su persona iluminaron casi un siglo el ardiente Istmo de Panamá! Los abuelos de varias generaciones de panameños, tanto en la ciudad de Panamá como en el Interior del Istmo, pronunciaron su nombre con interés, asombro, cariño, veneración y claro está, algunos con tanta envidia y odio que les legaron estas oscuras pasiones a sus propios nietos. Aurora de la Estrella, una niña intuitiva lo presintió. Su amiguito Buenaventura era e iba a ser siempre grande.

* * *

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

15. 30 de mayo de 1870 5:15 P.M.

"Voy a tener que bajar a examinar las ollas de cobre en la cocina. Si Eliseo no lo ha hecho, Ludu puede haber olvidado el cardenillo venenoso, ocupada como ha estado llevando, a diario, la comida de María Luisa, al Callejón de las Animas. Queda aquello tan lejos... ¡Todo se nos ha trastornado con este problema! Mañana las inspeccionaré yo misma. En la cocina de tía Leonor jamás hubo cardenillo... Ella lo creía muy venenoso... la recuerdo, a pesar... o tal vez por..."

* * *

16. 1840-1845

Tía Leonor, pedazo de humanidad menudita, de apariencia frágil, llevaba los cabellos recogidos, pero algunos ricitos rebeldes se le escapaban a las grandes horquillas de carey y a los lazos de terciopelo de distintos colores con que trataba de contener su pelo castaño oscuro.

Era la única de las tres hermanas que no quería tener contacto con las estudiantes de la escuela de amigas. A Leonor le gustaba la cocina y confeccionaba día tras día deliciosos dulces y postres, que don Laurencio saboreaba feliz, pero que tía Lucía jamás probaba... Eso era motivo para que la repostera preguntara a su hermana menor, exponiendo su perenne media sonrisa:

—No quieres engordar más ¿eh? Comer dulces produce palidez. A ti no se te nota el rubor. ¡Estas siempre tan rosada! Tal vez te haría bien tomar vinagre como hago yo. ¡Prueba, prueba esta crema!

* * *

17. 5:20 P.M., 30 de mayo de 1870

"A Henri le gustan mucho las cremas, voy a recordárselo a Ludu" se ofreció la dama que bordaba tranquilamente y de nuevo volvió a sonreír con naturalidad. Cayó en cuenta de su estado de ánimo y añadió para sí: "Esta cura es un milagro de aquellos en

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

que no creía tía Leonor, que tenía un poco de liberal ¡y de los más radicales! Aunque dijeron que su confesor opinó que tía Leonor murió como una santa, a ella no le agradaba ir a la iglesia. ¡Su fe era tan pequeña como grande la de tía Lucía! "

La sonrisa se borró. El ceño de doña Aurora se contrajo. Un buen observaddor habría notado que su respiración se agitaba. Sus ideas brotaron en tumulto: "A tía Leonor daba gusto mirarla, era alegre, pequeña, revoltosa. Alguien dijo una vez que estaba hecha de dulce y vinagre. ¿Por qué lo dirían? ¿Sería Domitila? ¿Juana de Mata? ¿papacito? Aun ahora me gusta recordar los modales siempre gentiles, los arranques... laicos... atrevidos de tía Leonor. Después que murió, de continuo pensaba en ella. Pero, cuando es de noche, prefiero no recordarla. ¡Falleció hace tantos años! "

"Tía Leonor murió de un mal del que no se podía hablar... ¿Quién dijo eso? ¿Tía Carmen? ¿Tía Lucía? ¡No! ¡No!

El rostro de doña Aurora se demudó. Fruncía su frente el marcado interés que tenía para ella ese recuerdo... Fue una lástima que su médico no viera el temor ensombreciendo sus facciones...

* * *

18. 30 de mayo de 1870 5:25 P.M.

La dama dejó de coser, su mirada caminó hacia la puerta. Mientras sus dientes se hincaban en sus labios murmuró nerviosamente: "¡Ay, no! De eso no me voy a acordar hoy, porque Henri se pondría triste si llegara a saber que acepté conscientemente un pensamiento de esa clase. No es por miedo, yo soy valiente. ¿A dónde habré puesto el hilo rojo? Voy a meter unos puntitos aquí para matar este amarillo.

Cualquiera que fuese la causa de la muerte de tiíta Leonor, y a pesar de que después de su fallecimiento la escuelita de mis tías dejara de existir, y pese a la prohibición sobre ese tema, la sonrisa de mi papá me gustaba, era medio pícara, nadie la podía resistir... nadie".

"Cuando él sonreía sus ojos negros, expresivos, sombreados por las finas cejas negras, también reían. A uno le daba la impresión de que él era el hombre más feliz del mundo, que se entregaba a uno sin reserva, y quería que su felicidad fuera contagiosa.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

"El día que él nos prohibió hablar otra vez de la escuelita tía Lucía explicó el caso con cara de mártir.

—El que no quieran mandar a las niñas a nuestra casa a estudiar no me duele por mí, que lo que les enseño lo puede impartir cualquier costurera, sino por Carmen que cree que educar mejor a las mujeres hace a un país más digno de formar parte de no sé qué países civilizados.

—"Nunca fui partidario del sacrificio que significaba para Carmen la escuelita. Ella ya ha ayudado suficientemente a iluminar las mentes de las panameñas, ¿no es así, niñas?

"¡He hecho tan poco de lo mucho que me proponía hacer! —le contestó tía Carmen".

—"¿Poco, cuñada? Que digan Manuel José Hurtado, el Gobernador; don Mariano Arosemena, desde su cargo de Jefe Político; y don Pedro de Obarrio, el mejor gobernante de los tres, si hubo ocasión en que se encontraran en una reunión con Carmen de Vallerrico y no tuvieran que ofrecerle hacer algo definitivo por la educación de las mujeres de Panamá.

—"Si hablas de las escuelas públicas para niñas, se puede decir que no alcanzamos, en ese sentido, nada hasta el año en que Dios nos mandó a Aurorita.

"Tía Lucía se animó al oirla:

—"Ese fue el año en que, por insistencia tuya, don Pedro mismo inauguró el local para recibir las niñas en el Instituto del Carmen en el Arrabal de Santa Ana. ¡Con tus diligencias les ayudaste a que se matricularan nada menos que treinta y cuatro alumnas!

—"¿El año en que yo nací? —les pregunté. Aquello me interesaba.

—"Sí, hijita —me dijo mi papacito. —Tu tía Carmen también consiguió, con su insistencia, que el mismo día en que tú naciste, el 28 de noviembre de 1836, se inaugurara el Instituto de Las Mercedes, para niñas, en este mismo barrio, el de San Felipe.

"Tía Lucía volvió a interesarse:

—"Lo dirigió nuestra querida amiga, doña Bartola de la Barrera. ¡Una gran mujer! Ese día nos felicitó por la llegada de la cigueña a casa.

—"Por eso he dicho siempre que con nuestra Aurorita nació la educación para la mujer en el Istmo —opinó tía Carmen, que añadió: —Mas esas escuelas públicas nada tienen que ver con la ense-

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

ñanza seria, delicada y necesaria que se debe impartir a las refinadas niñas de sociedad, las que representarán al país en Bogotá y en el extranjero: la enseñanza que trata de darles en esta casa.

"Entonces papacito sonrió:

—"Ojalá que, con tantas escuelas y conocimientos, las mujeres no dejen de ser mujeres-mujeres.

"Las tías bajaron la mirada ruborizándose y él les suplicó:

—"Les ruego que no vuelvan a mencionar la escuela para niñas en nuestra casa, prométanmelo".

"Cuando papá pedía alguna cosa con voz delicada, y esa sonrisa especial, había que aceptar. ¡El era encantador cuando pedía algo con toda humildad!

"Además, mi padre aun en esos momentos, lucía aristocrático sin que se dejara de notar su fuerza. En todo instante inspiraba confianza, así lo sentí muchas veces, sobre todo, cuando era pequeña. Los días que llovía, papacito iba a buscarme con su paraguas a casa de tía Rosa y me llevaba en brazos bajo los portales de todas esas manzanas de casas. Yo respiraba contenta abrazada a su cuello y confiando en la fuerza del brazo que me sostenía. ¡Cuánto me alegro de que Henrie me ordenara recordarlo!

* * *

19. 1844

Esta confianza y esa fe sentía la hijita de don Laurencio cuando despertó una noche en que el calor y la incomodidad no le permitían volver a conciliar el sueño. Un ruido impreciso la llenó de temor. Se levantó y se dirigió hacia el cuarto de su padre, quien, por excepción, estaba durmiendo con la puerta cerrada.

"Mejor hubiera llamado a Domi" se dijo Aurorita al no poder abrir la puerta y sintiendo que sus piernas temblaban de miedo, ante la certeza de que algo andaba mal. Papacito debía tener una pesadilla. Lo oía moverse inquieto en su cama y los crujidos del mueble se oían claramente a través de la puerta.

La muchachita tocó y tocó con toda la fuerza de sus puños menudos. También gritó llamando a su papá y pidiendo que le

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

abriera. Pero la puerta permaneció cerrada. Aurora lloraba desconsoladamente al regresar a su cuarto.

Su papá debió escucharla. Poco después fue a ver qué le ocurría a su hija.

—¿Por qué estás despierta, corazón mío? —le preguntó con un beso.

—Le tengo miedo a los fantasmas —inventó Aurora.

—No has visto un fantasma. No hay fantasmas, cielo mío. La que debió venir por acá fue tiíta Leonor. Seguramente buscaba un bálsamo para su dolor de cabeza.

—Yo no la vi.

—¡Ah, bueno! Creí que habías visto un bulto o algo. Mañana ella te va a hacer merengues rosados bien ricos, con pastillitas de colores, de esos que tanto te gustan. Duérmete ahora, mi ángel.

Don Laurencio envolvió a la inocente criatura en la sábana y la estuvo abanicando hasta que se durmió. Aurorita ya había cumplido ocho años cuando tuvo lugar aquel suceso...

Meses después, cuando murió tía Leonor, recordó la noche en que su padre mencionó el fantasma... y tuvo miedo. Nunca habló con nadie de lo acontecido....

Durante su niñez y su juventud, Aurora temió a los aparecidos, a los bultos y a las ánimas, siempre presentes en los cuentos que se escuchaban en las reuniones nocturnas de los esclavos y criados. Juana de Mata recogía dichos relatos y se los repetía.

Ese temor solamente era menor al miedo de ofender al Gran Amigo, al severo Dios que podía mandar la enfermedad, las desgracias, la miseria y la muerte. Sobre todo la asustaba la última, porque traía el luto además de la desaparición de un ser querido. Su familia le hizo creer que el luto les había acarreado el ostracismo social que ella no pudo dejar de notar con el cierre de la escuelita de amigas.

Tres años después de la primera muerte ocurrida en su hogar, otra vez la niveladora rondó por las dos casas. No lo hizo como un fantasma sino en una de sus más crueles formas: cuartanas perniciosas.

La víctima de ese mal, que según los médicos se había refugiado en el hígado de la enferma, fue, cosa curiosa, la enemiga de los dulces: tía Lucía, la rubicunda gordita, que se tornó, en vida, en un esqueleto amarillento.

Tía Carmen cuidó a la enferma con valor y dedicación. Luego

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

volvió a cumplir e hizo cumplir a todos los de la casa con el luto de negro riguroso, luto de amplias faldas, blusas con cuellos altos y mangas largas, además de los inevitables mantos también negros.

No obstante lo caluroso del clima, hasta medias y enaguas negras completaban el guardarropa de las mujeres que estaban de duelo. El luto riguroso significaba absoluta abstención de demostración de alegría. Cantos, juegos, música y diversiones de toda clase les estaban prohibidos, solo les quedaba la Iglesia y los rezos en familia. El hecho de ser conservadores hacía más rigurosa y obligante la cruel costumbre.

Así fue como resultó harto largo el período de duelo en las dos casas. Cuando ya creían que se despedían del negro y comenzaban a aliviarlo con toques de blanco y lila, volvieron a caer de luto. Los lazos de crespón negro cruzaron de nuevo una esquina de todos los espejos, retratos y cuadros de ambas casas. Un gran lazo negro colgó otra vez de las puertas de los zaguanes y de las dos puertas cocheras. Los esclavos y los criados, ya libertos y libres, regresaron a las camisas y camisolas de negra tela confusa. Las muy ancianas continuaron con sus hábitos de listado negro, porque aún no se lo habían quitado. Todo ello tan deprimente como oir de tía Carmen y de don Laurencio sentados en la aristocrática sala, recibiendo a quienes acudieron a darles el pésame. ¡Unicamente lo hicieron, con excepción de don Manuel de la Estrella, la tía Rosita y su esposo, los ancianos y ancianas de las buenas familias, amén de legión de gente de segunda y multitud de plebeyos del Arrabal de Santa Ana! Entre los últimos el joven Buenaventura, vestido de negro, con pantalón largo y saco, como convenía al juvenil maestro recién nombrado. Eso fue lo que comentaron en la cocina y repitió Juana de Mata a la compungida y atribulada Aurorita, a quien mantuvieron apartada del velorio y de las visitas de pésame.

* * *

20. 30 de mayo de 1870 5:30 P.M.

"¡Qué triste es pensar en la enfermedad y en la muerte! ¡Cuán rígidas las leyes sociales del luto! Mi pobre Henri está fracasando conmigo. No hago más que pensar en cosas lúgubres. Esto me sucede, porque me tiene abatida la desgracia mayor que nos puede agobiar: María Luisa demente, con esos horribles perros en una bodega. Su casa abandonada. Su hijita en manos de una

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

criada ignorante como Marianne. ¡Marianne que no quiere ni a su madre! Esa muchacha sale de malos sentimientos: ¡no le importa estrujar el corazón de su padre que la adora! Es tan supersticiosa que en su delirio me confesó que ha utilizado brujerías para cosas prohibidas...

"Y yo enferma de angustia, llena de ansiedad, sin valor para salir y correr a cuidar de María Eugenia... ¿Tengo miedo del qué dirán las malas lenguas, aunque, ante mi conciencia, estén de mi lado todos los derechos del mundo? ¡Qué estado de indecisión más cruel! ¡Jamás podré salir de él! No, no, ¡yo soy valiente! Sé que en el mundo hay muchos casos como el mío, que los demás no pueden comprender, por justos que se crean... ¿Dudo porque soy conservadora y católica y por eso debo obedecer a Fray Severo, que me señaló mi ineludible deber de callar por caridad, por respeto a la sociedad y acatamiento a las órdenes de un representante de Dios? ¡Pobre mi Henri! ¿En qué quiere que piense? En cosas tan bellas como mi amigo el mar, las flores que he amado toda mi vida, la música, la... ¿qué más? Sí, la sonrisa de mi padre quien, a pesar de los lutos y de reconocer el error que cometió casándome con Manuel, siempre tuvo fuerzas para sonreír...

"Papá se puso contento, me abrazó, me aupó y me dio vueltas cuando me encontró poniéndole alcanfor a las mudas de ropa de las esclavas y de las sirvientas de nuestra casa... Solo un aristócrata como él se habría interesado así por la ropa de las que dependían de él para todo. Mi papá sabía que esas polleras y camisas no serían para usarlas ni tía Carmen ni yo. La pollera no es ropa para señoritas ni damas. Tal vez lo será en el Interior del país; pero no en la ciudad.

* * *

21. 1846

En ese período largo de los dos lutos grandes, que le cayeron a su familia, algunas notas de belleza hicieron olvidar el dolor. Aurorita ayudó todos esos años a cuidar las polleras y camisas marcadas con colores brillantes y alegres. Eran guardadas en grandes arcones de madera que reposaban dentro de un depósito limpio y aireado al lado de la cocina.

La cuestión consistía en no perder el bello dechado en punto de marca ni los dibujos de talco en sombra con que se distinguían

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

las mudas de ropa, de las esclavas y sirvientas de esa casa. Los adornos de las vestimentas de las otras familias rivalizaban en lo relativo a esas labores, que llegaban a ser conocidas por los apellidos de los señores amos. ¡Con qué orgullo usaban sus polleras los días de fiestas tanto esclavas como criadas de los diversos hogares de blancos de "adentro"! Las mujeres del arrabal las imitaban, sin saber que ellas habían sido las primeras en llevar polleras, pues el traje se originó entre el pueblo.

Por ver y comparar las diferentes prendas, Aurora renovaba gustosa el alcanfor de Formosa y las ramitas de romero, de albaca y de otras yerbas de olor, útiles para que no les entrara polilla a las preciosas ropas. La niña de don Laurencio acostumbraba hacerlo en compañía de Juana de Mata y de alguna anciana, de las que conocían las fórmulas secretas que también eran útiles para conservar los colores y los materiales.

* * *

22. 30 de mayo de 1870 5:35 P.M.

"Todavía guardo algunos de esos modelos viejos de mi gente. María Luisa no mostró interés por ellos. No venían de Europa... Antes de ir a España era muy joven para comprender el valor de lo nuestro. Cuando regresó se obsesionó con la idea de casarse... ¡Y con quién! ¡No! ¡En eso no pensaré ahora!

"Los dechados en punto de marca y las figuras de talco en sombra los guardaré para su hija. Enseñaré a María Eugenia a reconocer y a comprender por qué las niñas de los Vallerricos eran las más elegantes y guardaban mejor las proporciones en las polleras y en las camisas. Me dolería que se pierda tanto arte...

La mayor parte de las figuras nuestras las perfeccionó Juana de Mata, mi negrita inteligente de casta arará. ¡Creció tan delicada como servicial, tan romántica como humorista, tan idealista como práctica! Cosía y cosía modelos nuevos del mismo dechado hasta quedarse dormida junto a un quinqué. Soñaba las variaciones que podrían llevar esas flores y frutas, sus colores y todo lo que significaban...

"Le permitían coser hasta tarde, porque no podía dormir. Padecía de los nervios desde su desarrollo, porque no quería aceptar su condición de negra y para remate esclava. Coser era lo único que la calmaba. Al hacerlo tenía libertad para inventar patrones. La

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

entendía... Creo que la verdadera libertad se puede encontrar al realizar una creación. "¡Cuánta belleza puede darnos Dios en un solo ser humano! ¡Hasta su piel de negra era lo más terso que se puede imaginar! ¡Y que ojos más bellos los suyos!

"¡Cuánta falta me ha hecho Juana de Mata en estos días! Pero su tabogano se la llevó para esa isla preciosa... ¡Bella Taboga! Me enloquecía de placer cuando tía Carmen me llevaba a ese lugar de ensueño... Una idea hermosa engendra otra aún más preciosa. Puede que Henri tenga razón y la sugestión cure la mente... enferma... Y el espíritu atormentado se puede sanar mediante pensamiento positivo. Y pensar en cosas lindas es medicina apropiada.

* * *

23. Verano 1847

Otra cosa que pudo ser agradable le ocurrió a Aurora cuando comenzó el segundo período de duelo en las dos casas: unas semanas en Taboga.

Debido al luto riguroso por el fallecimiento de tía Lucía, la muchacha, que cruzaba por los años de adolescencia delgada y pálida, no bien volvió a cerrarse de luto, comenzó a sufrir de nacidos dolorosos en las axilas de ambos brazos.

No bien pasó el obligatorio mes de encierro, costumbre imposible de eludir, el viudo, preocupado por la salud de su hija, la mandó a Taboga con la tía Carmen. Muchos negocios nuevos le impedían a él llevarla. Gozaba en esos días del favor del Coronel Tomás Herrera, Gobernador de Panamá. Tanto don Laurencio como su amigo, don Manuel de la Estrella, cooperaban con la magnífica administración del popular don Tomás, y se interesaban en el arreglo de los caminos de Cruces y de Las Sabanas, pues ello les convenía doblemente: más fácil acceso a sus fincas y negocios, y ganancia en efectivo al acarrear piedra para los caminos, en carretas de su propiedad. Además, habían obtenido para ambos algunos contratos en las mejoras de los hospitales de San Juan de Dios y de Santo Tomás, en la reparación del embarcadero de El Taller y en la apertura de una escuela pública para las niñas de la ciudad. Esas obras importantes las efectuaba la administración del emprendedor gobernante, y amigo personal de los contratistas.

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

En Taboga, Aurorita y doña Carmen pararon en casa de doña Rosita, la hermana de don Laurencio. La isla rebosaba de visitantes. Los miembros de las familias descendientes de la vieja aristocracia española de la ciudad de Panamá y sus congéneres colombianos destacados en puestos públicos y militares en el Istmo, se bañaban juntos en la playa de la restinga, cuando no paseaban bajo los tamarindos, cuyas ramas los protegían del radiante sol. De noche, aquella gente acostumbraba jugar, en las diferentes casas, a juegos de salón, como el de las prendas y el popular "De Lima ha venido un buque cargado de..."

Desventuradamente, también en esa ocasión Aurora tuvo que soportar que otras jovencitas de su edad se apartaran de ella; lo hicieron por causa de un chisme de la única hija de doña Rosita, una chiquilla llamada Gloria.

La tal Gloria, estaba creciendo en un ambiente diferente al de las dos casas, mantenía estrecha amistad con las jóvenes de familias influyentes en el gobierno y en las guarniciones del ejército colombiano. Entre ellas tenía marcado ascendiente.

Debido al duelo, doña Carmen de Vallerrico y su sobrina trataron de aislarse al llegar a la isla. Ello fue tomado como señal de ser ellas muy orgullosas. Ese orgullo, la mejor carta que se podía jugar socialmente entre aquellas aristócratas, sirvió como acicate para que todas desearan acercarse a las recién llegadas. Pero Gloria no pudo soportar que el grupo de sus amigas mostrase interés en conocer a sus parientes. Estúpidos celos la indujeron a decir al oído de sus amiguitas:

—La gente dice, a mí no me crean, que Aurorita es orgullosa, porque es y será muy rica. Le va a heredar a tres tías... Ya agarró lo de dos de ellas. Mi mamá me castigaría si llega a saber que yo cuento por qué me sacaron de la escuelita de las Vallerrico... ¡Imagínense!

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 180 FRACCIONES DIVIDIDO EN SEIS SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, Y F

PREMIOS MAYORES

		Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1	Premio Mayor, Series A, B, C, D, E Y F	B/.1,000.00	B/.180,000.00	B/.180,000.00
1	Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, Y F	300.00	54,000.00	54,000.00
1	Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, Y F	150.00	27,000.00	27,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, Y F	10.00	1,800.00	32,400.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E Y F	50.00	9,000.00	81,000.00
90	Premios, Series A, B, C, D, E Y F	3.00	540.00	48,600.00
900	Premios, Series A, B, C, D, E, Y F	1.00	180.00	162,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E Y F	2.50	450.00	8,100.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E Y F	5.00	900.00	8,100.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, Y F	2.00	360.00	6,480.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E Y F	3.00	540.00	4,860.00
1,074		TOTAL...		B/.612,540.00

Precio de un Billete Entero . . . . B/. 99.00
Precio de una Fracción 0.55
Valor de la Emisión 990,000.00

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS DOMINGOS DE OCTUBRE, 1979

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Octubre, 7	3163	5759	1946	0151
Octubre, 14	3164	6990	9337	8794
Octubre, 21	3165	5217	6544	1925
Octubre, 28	3166	7811	2809	7088

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS DOMINGOS DE NOVIEMBRE, 1979

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 4	3167	1844	7547	3449
Noviembre, 11	3168	0702	4052	1999
Noviembre, 18	3169	5172	2554	0541
Noviembre, 25	3170	8909	4585	3164

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DE MIERCOLES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 105 FRACCIONES DIVIDIDO EN SIETE SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, F Y G

PREMIOS MAYORES

		Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1	Premio Mayor, Series A, B, C, D, E, F y G	B/.1,000.00	B/.105,000.00	B/.105,000.00
1	Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F Y G	300.00	31,500.00	31,500.00
1	Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F Y G	150.00	15,750.00	15,750.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	10.00	1,050.00	18,900.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	50.00	5,250.00	47,250.00
90	Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	3.00	315.00	28,350.00
900	Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	1.00	105.00	94,500.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	2.50	262.50	4,725.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	5.00	525.00	4,725.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18	Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	2.00	210.00	3,780.00
9	Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	3.00	315.00	2,835.00
1,074		TOTAL...		B/.357,315.00

Precio de un Billete Entero . . . . B/. 57.75
Precio de una Fracción 0.55
Valor de la Emisión 577,500.00

Digitalizado por la Asamblea Nacional
2007

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS MIERCOLES DE OCTUBRE, 1979

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Octubre, 3	674	2518	6577	6099
Octubre, 10	675	2817	1116	1100
Octubre, 17	676	4358	1456	1961
Octubre, 24	677	1964	7679	4350
Octubre, 31	678	6745	8508	1406

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS MIERCOLES DE NOVIEMBRE, 1979

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 7	679	0633	7175	2307
Noviembre, 14	680	0186	1719	0819
Noviembre, 21	681	3734	4007	3739
Noviembre, 28	682	4513	2752	6616